

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN ANDRÉS BESSETTE
EL MÁS GRANDE DEVOTO DE SAN JOSÉ**

LIMA – PERÚ

**SAN ANDRÉS BESSETTE, EL MÁS GRANDE DEVOTO
DE SAN JOSÉ**

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Inprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Devoción a san José.
Congregación de la Santa Cruz.
Los padres del hermano Andrés.
Apariciones de su madre.
En casa de sus tíos.
Trabajador en Estados Unidos.
Novicio.
Montreal.
Profesión temporal y perpetua.
Portero del colegio.
Su devoción a san José.
El aceite de san José.
Sigue curando.
Su vida ordinaria.
Penas y alegrías.
Conversiones
Miles de curaciones.
Su muerte.
Milagros después de su muerte
Devociones especiales: a) La Eucaristía.
b) La Virgen María. c) El ángel custodio.
d) Los santos. e) Almas del purgatorio.
f) El Viacrucis.
Algunas virtudes: 1.- Espíritu de penitencia.
2.- Castidad. 3.- Pobreza. 4.- Obediencia.
El demonio
Carismas: a) Levitación. b) Bilocación.
c) Conocimiento sobrenatural. d) Profecía.
e) Apariciones. f) Luces sobrenaturales.
El Oratorio de San José.
La revista
Su glorificación

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

San Andrés Bessette, llamado el hermano Andrés, es el primer santo de Canadá, el más grande devoto de san José, el que ha construido la gran basílica u Oratorio de San José en Montreal en honor del santo, que tiene la cúpula más grande del mundo, después de la iglesia del Vaticano. Fue un gran taumaturgo, pues durante su vida, y después de su muerte, hizo miles de curaciones extraordinarias, muchas de ellas milagrosas.

Es el santo de Montreal, pues casi toda su vida la pasó en esta ciudad. Él aconsejaba a todos la devoción a san José y les pedía que le rezaran, que le hicieran novenas y procesiones en su honor. A los enfermos les aconsejaba frotarse con una medalla del santo y con aceite que había ardidido en una lámpara ante su imagen. El hermano Andrés se hizo famoso en Canadá y Estados Unidos, de donde durante muchos años venían todos los días visitantes a pedirle su curación.

Su vida es una fuente de luz sobrenatural para nuestra fe dormida o quizás apagada, que cree poco en lo sobrenatural. Muchos lo consideraron como un loco charlatán, pero las curaciones eran pruebas evidentes de la eficacia de sus métodos. Al morir, toda la ciudad de Montreal se puso en pie para acompañarlo. Y actualmente cada año unos tres millones de visitantes van al Oratorio que él construyó en honor de san José y visitan su tumba.

Que su fe y su vida dedicada a Dios y a los demás sea una ráfaga de luz y de amor para que nuestra fe se encienda y podamos gritar al mundo entero: Dios existe y todavía hay milagros. Ojalá que esta pequeña biografía del hermano Andrés nos ayude a creer más en Dios y en su poder.

ACLARACIONES

Al citar *Sum* nos referimos al Proceso beatificationis et canonizationis servi Dei fratris Andreae. Positio super introductione Causae, vol II, Causae Summarium, donde se encuentran los testimonios directos de los testigos que lo conocieron, muchos de los cuales fueron sus amigos. Ponemos *Sum* seguido del número de página.

Catta hace referencia al libro de Etienne Catta, *Le frère André et L'Oratoire Saint Joseph du Mont-Royal*, Ed. Fides, Montreal-Paris, 1964.

DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

La devoción a san José es muy antigua. Ya hay autores del siglo II, como san Justino y san Ireneo, que hablan de san José al hablar de María o del misterio de la salvación. También en ese mismo siglo, Orígenes y Julio el Africano lo mencionan frecuentemente. En el siglo IV san Agustín, san Ambrosio y san Jerónimo hablan mucho de su virginidad y de su paternidad espiritual sobre Cristo, y de su verdadero matrimonio con María, presentándolo como modelo de virtudes cristianas. Ya en este siglo IV existía entre los coptos la fiesta de san José el día 20 de julio.

El escritor Nicéforo Calixto en su *Historia eclesiástica* (libro 8, c. 30: PL 146, 113) asegura que en la basílica construida en el siglo IV por santa Elena, madre del emperador Constantino, había una capilla dedicada a san José.

En 1888, en unas excavaciones en la antigua ciudad de Cartago del norte de África, se encontró un bello relieve del siglo IV donde está de pie san José, teniendo a su lado a la Virgen sentada con el niño Jesús en su regazo. También en las catacumbas de santa Priscila, en Roma, se encontró una imagen de los magos adorando a Jesús y donde está José al lado de María.

En los siglos VII-VIII aparece su nombre en los calendarios litúrgicos y en los martirologios. En 1129 ya había en Bolonia (Italia) una iglesia dedicada a san José. En este siglo XII encontramos a san Bernardo de Claraval, el gran devoto de María, que también lo fue de san José. Otros panegiristas y propagadores de la devoción de san José fueron santo Tomás de Aquino (+1274), santa Gertrudis (+1310), santa Margarita de Cortona (+1297), santa Brígida de Suecia (+1373), san Vicente Ferrer (+1419) y san Bernardino de Siena (+1444).

La Orden de los servitas ya en 1324 rezaba en todos los conventos de la Orden un oficio en honor de san José. Los franciscanos, en el capítulo de Asís de 1399, introdujeron la fiesta de san José en toda la Orden. La Orden de los carmelitas, en el capítulo de París de 1456, aceptaron la fiesta de san José para toda la Orden.

Entre los devotos de san José cabe destacar a Juan Gerson (1363-1429), que llegó a ser gran canciller de la universidad de París en 1395. Él mismo compuso un oficio para su fiesta y escribió 4.800 versos sobre él, llamados *Josephina*. Él creía en la Asunción de José en cuerpo y alma a los cielos. Otro gran devoto de san José fue Isidoro de Isolano, que en 1522 escribió el tratado *Summa de donis sancti Joseph* (Conjunto de dones de san José).

A partir del siglo XVI su devoción tomó mucho impulso debido al testimonio y devoción de santa Teresa de Jesús (+1582), de san Juan de la cruz y de los carmelitas descalzos y descalzas. Fray Jerónimo Gracián, confesor de santa Teresa, escribió en Roma en 1597 su *Josefina*, proclamando los dones y privilegios de san José. El Papa Gregorio XV, en 1621, estableció su fiesta y Benedicto XIII en 1726 colocó a san José en la letanía de los santos. En 1870 el Papa Pío IX lo nombró patrono de la Iglesia universal. Éste fue el año en que el hermano Andrés entró de novicio.

En 1955 el Papa Pío XII instituyó la fiesta de san José obrero el 1 de mayo. Juan XXIII lo nombró patrono del concilio Vaticano II y colocó su nombre en el canon de la misa.

En 1989 el Papa Juan Pablo II publicó la exhortación pastoral *Redemptoris custos* (custodio del Redentor) y el año 2004 regaló su anillo papal para el cuadro de san José de su iglesia natal de Wadowice en Polonia.

El Papa Juan XXIII en la homilía de la fiesta de la Ascensión del 26 de mayo de 1960, con motivo de la canonización de Gregorio Barbarigo, expresó su opinión de que san José estaba en el cielo en cuerpo y alma, es decir, de su Asunción a los cielos. Lo expuso como opinión aceptable. Algo parecido han manifestado a lo largo de los siglos distintos teólogos como Suárez, san Pedro Damiani, san Bernardino de Siena, san Francisco de Sales, san Alfonso María de Liguori, la Madre María de Jesús de Ágreda, Bossuet, san Enrique de Ossó y Cervelló, y otros.

El Papa Francisco ordenó que en el canon de la misa se mencione a san José como esposo de la Virgen María. Muchas Congregaciones religiosas e Instituciones católicas han tomado a san José como su patrón. Lo mismo han hecho algunos países como Austria, Bélgica, Canadá (en 1624). El 20 de enero de 1859 la Sagrada Congregación de Ritos confirmó a san José como patrono de Canadá. La fiesta del 19 de marzo sería allí desde entonces de doble de primera clase, sin ser todavía fiesta de obligación. En China fue elegido patrón en 1678.

En 1557 fue nombrado patrono general de México y en 1679 de todos los dominios españoles. Es patrono del Perú desde 1828. Otros países que lo tienen como patrono son Corea, Croacia y Vietnam.

San José, el más santo de los santos después de la Virgen María, fue el santo predilecto de san Andrés Bessette.

CONGREGACIÓN DE LA SANTA CRUZ

Esta Congregación, a la que perteneció el hermano Andrés, había sido fundada por el francés padre Basilio Antonio María Moreau (1799-1873), quien, después de haber estudiado en París, se ordenó sacerdote a los 22 años y fue designado por su obispo formador y profesor del Seminario. Daba clases de filosofía, teología y sagrada Escritura. En 1835 organizó un grupo de sacerdotes para predicar misiones y retiros en las parroquias. El obispo le encomendó la tarea de dirigir el Instituto de los hermanos de san José, dedicados a la educación, que había sido fundado en 1820 por el padre François Dujarié. El padre Moreau unió su grupo con este nuevo con la tarea de educar y evangelizar a la gente del campo. Tomaron el nombre de Santa Cruz y tuvieron su casa central en Le Mans, ciudad a 200 kilómetros al sudoeste de París. En 1841 el padre Moreau unió una rama femenina, siendo así tres ramas: hermanos, sacerdotes y hermanas.

En 1840 el padre Moreau emitió sus votos en la naciente Congregación y fue constituido como fundador y prior general. Ese mismo año un grupo fue enviado a Argelia. El año 1842 otro grupo fue enviado a Estados Unidos. En 1847 llegaron a Canadá ocho hermanos con dos sacerdotes y cuatro hermanas, para ayudar en la educación del país, ya que en ese tiempo el 90% de los hombres entre los francocanadienses no sabía ni firmar con su nombre. En 1853 envió una misión a Bangladesh.

El padre Moreau consagró a los sacerdotes al Corazón de Jesús, a los hermanos a san José y a las hermanas al Corazón de María. En 1857 el Papa Pío IX aprobó oficialmente la Congregación de la Santa Cruz de los hermanos y sacerdotes. Las hermanas lo fueron diez años después. En 1860 el padre Moreau hubo de dimitir como superior general, debido a disensiones internas. En los últimos años de su vida se dedicó a predicar en los alrededores de Le Mans hasta su muerte en 1873.

Hoy día los religiosos y religiosas de la Santa Cruz se dedican especialmente a la educación en escuelas y universidades. También tienen otros ministerios pastorales y sociales. La devoción a san José fue una herencia que dejó a sus hijos el fundador. El padre Basilio Moreau fue beatificado por el Papa Benedicto XVI el 15 de septiembre del 2007.

LOS PADRES DEL HERMANO ANDRÉS

Sus padres se llamaban Isaac Bessette y Clotilde de Foisy. Vivían en Saint-Gregoire (San Gregorio), donde su padre había comprado un terreno después de su matrimonio. Su padre era carpintero y hacía muebles para las casas. También era albañil y construía casas. En 1847, después de nacer Alfredo (nuestro santo), compró un terreno más grande en Sainte Brigide (Santa Brígida) que tenía árboles. Tenía que hacer también de leñador para conseguir leña para el invierno y, a la vez, madera para hacer muebles. Por este motivo dejaron San Gregorio y se fueron a vivir a Farnham, más cerca de su terreno.

Un día, el 21 de febrero de 1855, al cortar un árbol, éste le cayó encima ante la mirada de su hijo mayor, y murió. Tenía 45 años. El hermano Andrés diría a sus íntimos amigos: *Mi mamá se quedó helada*¹.

Su madre Clotilde era muy piadosa. Como Alfredo nació muy débil y parecía que iba a morir, fue bautizado en la casa por la misma partera. Al día siguiente, fue llevado a la iglesia parroquial de San Gregorio para suplir las ceremonias. Según la partida de bautismo nació el 9 de agosto de 1845.

Dice así: *El diez de agosto de 1845 ha sido bautizado, bajo condición, por el suscrito (padre Silvestre), Alfredo, nacido la víspera de legítimo matrimonio, de Isaac Bessette, carpintero, y de Clotilde Foisy de esta parroquia. El padrino fue Eduardo Bessette, y madrina Josefa Foisy, tío y tía del niño*².

Azarías Claude, gran amigo del hermano Andrés, dice: *Me habló muchas veces de sus padres. Él me contaba que su madre le hacía rezar de rodillas y tenía un recuerdo muy emotivo de sus padres, que perdió pronto... Su educación le fue dada, sobre todo, por su madre, que era muy virtuosa. Me confió que su madre le había enseñado las primeras nociones de lectura, al mismo tiempo que sus oraciones*³.

Otro testigo del Proceso, Adelardo Fabre, dirá: *Me contó que desde muy joven tenía devoción a san José y que su madre le había enseñado esta devoción. Ella también lo llevaba a la iglesia y a confesarse*⁴.

Su madre lo cuidaba más que a sus otros hermanos, porque era muy débil de salud. Él tenía mucho amor y admiración por su madre, que era muy piadosa

¹ Catta p. 106.

² Sum 1052.

³ Sum 198.

⁴ Sum 320.

y sacrificada por sus hijos. Me dijo que su madre lo llevaba desde muy niño a la iglesia y que en las tardes, en familia, les hacía rezar el rosario y que en su hogar había recibido una buena educación cristiana ⁵.

Fueron 10 hermanos, dos murieron muy pequeños. Y Clotilde, valiente ante la adversidad, después de la muerte de su esposo, quiso tenerlos a los ocho con ella y salir adelante. Alfredo tenía 10 años y la última un año.

Pero los planes de Dios son incomprensibles a los ojos humanos. Pronto su madre se enfermó de tuberculosis y, al no poder atenderlos, tuvo que repartirlos entre sus hermanos. Sólo se quedó con Alfredo, su hijo predilecto, por ser el más débil y necesitado. Él dirá: *Probablemente porque yo era el más enfermizo, mi madre parecía que me quería más que a los otros. Ella me abrazaba muchas veces. Yo también la amaba* ⁶.

Ella con Alfredo se fue a vivir con su hermana Rosalía, casada con Timoteo Nadeau, que vivían en Saint-Césaire (San César). Pero la enfermedad siguió su curso. En otoño de 1857, antes de los tres años de la muerte de su esposo, murió a los 43 años de edad. Sus últimas recomendaciones a Alfredo fueron: *Cree en Dios, no abandones nunca la fe y no faltes a la misa dominical* ⁷.

APARICIONES DE SU MADRE

Alfredo dijo en varias ocasiones: *He rezado rara vez por mi madre, pero le he rezado muchas veces* ⁸. Él estaba seguro que su buena madre estaba en el cielo y que desde allí vigilaba por él y le ayudaba en su caminar por la tierra. Por ello la invocaba frecuentemente como a una santa. Y no quedaba defraudado. Veamos algunos ejemplos.

José Pichette refiere: *Él me ha dicho que su madre era muy buena con él. Me ha contado que una tarde había sido invitado a una velada. Como llegó demasiado temprano, se paseó un poco antes de entrar en la casa. Pasando por un arroyo, oyó un ruido insólito y fijó su atención. Entonces se acordó que las personas que lo habían invitado no eran católicos muy practicantes; y le dijo a su madre: “Mamá, si no quieres que vaya, haz que oiga ese ruido otra vez”. El ruido se dejó oír una vez más. Y no fue a la velada* ⁹.

⁵ Sum 319.

⁶ Catta p. 107.

⁷ Catta p. 108.

⁸ Catta p. 109.

⁹ Sum 2.

Adelardo Fabre relata que el hermano Andrés le contó que su madre le aconsejaba llegar temprano a casa. Pero un día tardó en llegar por estar con sus amigos. Ese día, al regresar a casa, vio cerca de una zanja como una forma humana que había creído ser una aparición de su madre, ya difunta, y que él interpretó como un aviso para no regresar tarde a casa. Me dijo que *normalmente llegaba a casa antes de las nueve de la noche y que ese día fue algo excepcional*¹⁰.

El hermano Leopoldo recordaba lo que el hermano Andrés le dijo un día: *Mi madre, después de fallecida, me ha sonreído muchas veces. Al preguntarle dónde se le aparecía, respondió: “Al costado del altar de la Virgen”*¹¹.

Antonio Valente anota: *El hermano Andrés me contó que, cuando era portero del colegio Notre Dame, una noche estaba haciendo la limpieza de la capilla del colegio y vio a su madre, toda vestida de blanco, de rodillas delante del altar. Él gritó: “Mamá”. Pero su madre desapareció*¹².

EN CASA DE SUS TÍOS

Alfredo siguió viviendo en casa de su tía Rosalía y de su tío Timoteo, que tenían cinco hijos, en Saint Césaire (San César), a doce millas de Farnham, donde había muerto su padre. Su tío era muy fuerte y molestaba a Alfredo por su debilidad. José Pichette afirma: *Me dijo que su tío había sido duro con él, pues era robusto y creía que los demás eran capaces de hacer el mismo trabajo que él*¹³.

Le decía: *Cuando tenía tus años ya me ganaba la vida arando en los campos*. Como no podía seguir el trabajo duro de su tío en la granja procuraron que aprendiera un oficio. Sus principales oficios fueron de zapatero, hojalatero, herrero, panadero y trabajador en una granja. También quiso estudiar, pero fue muy poco a la escuela.

Su sobrina Actaria Lafleur nos dice: *Cuando tuvo oportunidad de ir a la escuela, él tenía buenas notas, pero debió dejar la escuela a los 14 ó 15 años*¹⁴. Apenas aprendió a leer y firmar, lo que ya había empezado a enseñarle su madre. Con la práctica llegó a leer bastante bien.

¹⁰ Sum 320.

¹¹ Hermano Leopoldo, *Le frère André, sa jeunesse*, en *Annales de Saint Joseph*, de octubre de 1937, p. 323; Catta p. 561.

¹² Sum 559.

¹³ Sum 3.

¹⁴ Sum 925.

Desde niño manifestó un espíritu religioso extraordinario. Al poco tiempo de la muerte de su madre, con doce años, el padre Provençal, párroco de San César, lo preparó y le administró la primera comunión. Ese mismo año de 1858 fue confirmado en la misma parroquia el 7 de junio por Monseñor Prince ¹⁵.

Azarías Claude nos informa que *no le gustaba jugar con sus compañeros y, cuando el párroco de Saint Césaire lo buscaba, iba a la iglesia, donde estaba al pie de la imagen de san José* ¹⁶. Un amigo de su infancia, que trabajó con él, declaró que *no quería jugar a las cartas con otros compañeros y lo encontraba a veces rezando arrodillado con los brazos en cruz delante de un crucifijo* ¹⁷. Este crucifijo se lo había regalado el padre Ouimet de la parroquia de San César.

Un día cayó enfermo y su tía tuvo que desvestirlo, encontrándole una cadena de hierro a la cintura. Ella le dijo que estaba muy débil y que no la debía llevar. Él obedeció ¹⁸.

Como ninguno de sus oficios le iba bien por su salud, el alcalde del pueblo de San César, Luis Ouimet, se interesó por él y le ofreció adoptarlo e incorporarlo a su familia con la aceptación de sus tíos. Y Alfredo comenzó a trabajar en la granja de los Ouimet.

Cuando trabajaba en esta granja, rezaba en el establo delante de un crucifijo que siempre llevaba consigo, pero el amo lo sorprendió en oración. En esa casa no se rezaba en familia ni se rezaba el rosario, pero ese hecho de rezar en el establo había sido un buen ejemplo para la familia, que, a partir de entonces, tomó la costumbre de orar en común ¹⁹.

Después de trabajar un tiempo con los Ouimet, a los 19 años, se fue a Estados Unidos a trabajar en las fábricas textiles.

¹⁵ Sum 1052.

¹⁶ Sum 198.

¹⁷ Catta 119.

¹⁸ Sum 67.

¹⁹ Sum 321.

TRABAJADOR EN ESTADOS UNIDOS

Como tantos franco-canadienses emigró a Estados Unidos en busca de trabajo en las fábricas textiles. Estuvo trabajando en Moosup, Hartford y Phoenix, en el Estado de Connecticut, entre 1863 y 1867. Cuatro años en los que aprendió inglés lo suficiente para hacerse entender y que le serviría mucho en sus comunicaciones con los enfermos que atendería más tarde; muchos de ellos visitantes norteamericanos.

Al irse de emigrante se encomendó especialmente a san José, del que era gran devoto. Él refirió en alguna ocasión que desde niño pensaba: *Mi padre era carpintero como san José y él me ayudará a encontrar trabajo.*

Apenas sabemos nada de estos años. Después del trabajo se retiraba a su habitación y se encerraba para orar sin tomar parte en las diversiones de sus compañeros.

Cuando decidió regresar a su tierra, fue primero a visitar a sus dos hermanos que vivían en Sutton, Estados Unidos. Allí vivía su hermana Leocadia, casada con José Lefebvre, y su hermano Claude, casado con Rosalía, hermana del cuñado Lefebvre. El párroco de Sutton era en ese tiempo el padre Quinn, un irlandés que había estado anteriormente en Farnham, y a quien encontró al año siguiente al regresar. Como su devoción a san José había crecido mucho en los años de soledad de Norteamérica, les hablaba a sus compañeros de la devoción a san José, pero ellos le llamaban el *loco de san José*.

Un día el padre Ouimet le preguntó:

- *Alfredo, ¿estas enfermo?*
- *No*
- *Tienes cara de enfermo.*

Alfredo había pasado tres horas seguidas orando en una jornada de oración y reparación ante el Santísimo Expuesto. Algunas veces el padre Ouimet le mandaba cuidar los caballos de la parroquia, pero regresaba tarde. Un día decidió espiarlo a ver qué hacía y lo encontró orando de rodillas ante una cruz. El padre Ouimet refiere: “Cuando me di cuenta de cómo era, le hablé al padre Provençal, que era el párroco”²⁰.

²⁰ Catta p. 146.

NOVICIO

El padre Provençal le insistió en que entrara en la Congregación de la Santa Cruz, aunque Alfredo creía que no sería capaz de asumir sus responsabilidades por la mala salud, pero aceptó. El padre Provençal lo envió a los padres de la Santa Cruz con una carta de presentación, en que decía: *Les envió un santo.*

Recibió el hábito religioso el 27 de diciembre de 1870, recibiendo el nombre de Andrés. Recibió el nombre de Andrés en honor del padre Andrés Provençal que lo ayudó a entrar. Pero su mala salud se manifestó claramente durante el año de noviciado y no fue admitido a los votos temporales. En el Acta de la sesión del consejo provincial del 8 de enero de 1872 se lee: *El hermano Andrés no ha sido admitido a los votos temporales, porque su estado de salud no hace esperar que pueda ser admitido a la profesión* ²¹. Sin embargo, le dieron medio año de prórroga a ver si mejoraba. En este tiempo cambiaron al maestro de novicios y entró el padre Guy, que lo apreciaba como un hombre de Dios y que, al final, informó que, *si no servía para trabajar, serviría para rezar* ²².

También ocurrieron algunas cosas favorables que le abrieron el camino. Dios no lo abandonó a su suerte en esos momentos en que, al ser rechazado para la profesión, pensó que debería volver de nuevo al mundo a ganarse la vida.

En el colegio Saint Laurent (San Lorenzo), donde terminó el noviciado, se desató una epidemia de viruelas. A los alumnos se les envió a su casa. En la enfermería había ocho o más alumnos afectados. Cuatro debieron ser llevados al hospital, de los que dos fallecieron. Entonces el hermano Andrés dio la idea de llevar en procesión por las salas del colegio la imagen de san José. El consejo fue aceptado. Al día siguiente, la epidemia disminuyó. A los dos días había desaparecido y no hubo más muertos que los dos novicios llevados al hospital.

Un día el obispo de Montreal, Mons. Ignacio Bourget visitó el colegio y el hermano Andrés fue a hablarle de su vocación en duda. Sor Leblanc asegura: *El hermano Andrés me ha contado que acudió a Monseñor Bourget, quien lo acogió con gran bondad. Me dijo: “Yo me arrodillé a sus pies y apoyé mis dos manos*

²¹ Sum 1053.

²² Sum 756.

*juntas sobre su rodilla con toda confianza. Monseñor me habló como un padre*²³. Y con su apoyo y el del padre Guy fue aceptado.

MONTREAL

Desde su noviciado el hermano Andrés vivió en Montreal el resto de su vida. En 1851 esta ciudad tenía unos 60.000 habitantes, la mayoría de origen británico. En 1901 tenía 260.000 y la población era mixta (de origen británico y francés). Pero pronto la población de origen francés e irlandés, es decir, la población católica, superó a los anglicanos ingleses, porque los católicos tenían más hijos. Mientras los protestantes vendían sus tierras, los católicos las compraban.

De 1870 a 1937, desde su entrada al convento hasta su muerte, los católicos fueron más numerosos en Montreal. El ministerio de sanación del hermano, hizo que creciera aún mucho más la fe católica y especialmente también la devoción a san José. Su primer biógrafo, el coronel George Ham, en su libro *The miracle man*, publicado en 1922, dice: *Yo no practico ninguna religión, pero si practicara una, sería la del hermano Andrés*. De todo Canadá y de Estados Unidos acudían a ver al hermano. Él siempre les decía: *Yo no hago milagros, los hace Dios por intercesión de san José, vayan a agradecerle a él*.

PROFESIÓN TEMPORAL Y PERPETUA

Fue admitido a la profesión temporal. Por fin pudo consagrarse públicamente a Dios: *Yo, hermano Andrés, en el mundo Alfredo Bessette, sintiéndome indigno, con el deseo de servir a la adorable Trinidad, hago por un año a Dios todopoderoso los votos de pobreza, castidad y obediencia, según el sentido de las reglas y Constituciones de esta Congregación; en presencia de nuestro Señor Jesucristo, de la bienaventurada Virgen María, concebida sin pecado; de su digno esposo san José y de toda la corte celestial, prometiendo aceptar los empleos que mis superiores quieran confiarme*". En la capilla del colegio Notre Dame de Côte-des-Neiges a 22 de agosto de 1872.

Fue un día feliz en su vida, pero aún más feliz fue el día de su entrega total y definitiva a Dios por los votos perpetuos. Fue el día 2 de febrero de 1874 a sus 29 años. Ese día prometió a Dios para siempre pobreza, castidad y obediencia. En la obediencia prometió cumplir siempre sus obligaciones sin rechazar nada. El padre Emilio Deguire manifestó en el Proceso que el hermano le dijo: *Nunca*

²³ Sum 626.

*he rehusado de hacer lo que se me mandaba. He respondido siempre sí y terminado por la noche lo que no había podido hacer en el día*²⁴.

PORTERO DEL COLEGIO

Siendo todavía novicio, el hermano Andrés fue nombrado portero del colegio Notre Dame (Nuestra Señora), que se encontraba en Côte-des-Neiges a las afueras de Montreal. En este puesto estuvo cuarenta años. En un cuartito de la portería tenía su habitación donde había una banca de madera con unas mantas (frazadas) para dormir. En el marco de la ventana colocó una pequeña imagen de san José, dando la espalda a la habitación y mirando hacia el monte Mont-Royal, porque decía que algún día san José sería honrado de modo especial en esa montaña.

Pero no sólo era portero para llamar a los alumnos o a los sacerdotes cuando tenían visitas, también se ocupaba de despertar a los alumnos internos y a los religiosos de la comunidad. Cada semana debía ir a la casa de los alumnos a la ciudad para llevar su ropa sucia y traerles la limpia.

Además era el enfermero, lamparista para cuidar las lámparas de aceite, barrendero de la capilla del colegio, de los corredores, salas, escaleras etc. Llevaba la correspondencia al correo, cuidaba el jardín. En una palabra, era el hombre de los mil oficios. El último de la comunidad por ser hermano coadjutor, no sacerdote.

Un día, comenta el padre Oseas Coderre, *tuvo que ir, como de costumbre, a llevar la correspondencia al correo y yo lo reemplacé en la portería como él me lo había pedido. Y me ausenté unos momentos y durante ese tiempo alguien tocó el timbre de la puerta. El padre provincial, padre Lanage, tuvo que bajar del segundo piso para responder a la puerta. Cuando llegó el hermano Andrés, el provincial le preguntó disgustado:*

- *¿Dónde estaba usted?*
- *En la oficina de correos.*
- *Yo soy el provincial, el Superior, el ecónomo y ahora tengo que ser también portero. Bese el suelo*

*Y el hermano besó el suelo sin decir nada*²⁵.

²⁴ Sum 774.

²⁵ Sum 182-183.

José Pichette, su gran amigo, declaró: *También hacía el oficio de peluquero y toda clase de servicios a los alumnos y a los religiosos, lo que se prolongaba no raras veces hasta la medianoche. Cuando se retiraba por la noche a descansar, debía remendar sus ropas. Me dijo que, en alguna oportunidad, no había tenido tiempo de acostarse, pues ya era hora de despertar a todos.*

En ocasiones él debía acompañar a los alumnos en sus paseos por las calles de la ciudad. Los jovencitos querían salir con él y, a pesar de que sus casas estaban con frecuencia cerca del colegio, nunca había perdido a ninguno por el camino. Una vez, su Superior le manifestó el deseo de que preparara un jardín en la parte delantera del colegio. El terreno era rocoso y él arregló el terreno, aunque era trabajo duro; y mientras llevaba y traía carretillas de piedras, él oraba. Alguna vez este trabajo le ocupó hasta el amanecer. También debía lavar los vidrios de las ventanas del colegio, lo que era un trabajo muy fatigoso para él. Un día, lavando vidrios, comenzó a echar sangre. El médico que lo vio le recomendó no trabajar más en ello, pero le rogó al Superior que le dejara seguir en lo mismo y se lo permitió.

A veces lo llamaban para amortajar a los muertos. En una oportunidad, murió un hombre conocido. En vida le había dicho al hermano Andrés que, si moría antes que él, le gustaría que fuera él quien lo amortajara. El día de su muerte, le avisaron y respondió que iría varias horas después en la tarde. Cuando llegó, comenzó por lavar el cadáver y se dio cuenta que la cabeza del difunto había cambiado de posición, pues no tenía la rigidez de los muertos. Él anotó: “Yo creo que cuando comencé a lavarlo, él estaba como si acabara de morir”. En la noche de ese día después de hacer la ronda por los dormitorios de los alumnos, estaba para acostarse, cuando oyó un ruido. Se levantó y vio un gato negro, que caminaba sobre un armario.

Observó que cada vez que iba a amortajar a un muerto, había algo que le impedía dormir, para desanimarlo de hacer ese trabajo. En ocasiones, le mandaban ir a ayudar a la cocina. Un día llegó a casa sorpresivamente el arzobispo de Montreal y el cocinero le pidió que le ayudara a pelar papas (patatas), pero, ante su sorpresa, el arzobispo pidió que se sentara junto a él en la mesa. Él decía: “Hubiera preferido pelar patatas toda el día”²⁶.

²⁶ Sum 6.

SU DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

Ya hemos anotado anteriormente que la devoción a san José la recibió el hermano Andrés de su madre. En su propia Congregación era como una herencia recibida de su fundador el padre Emilio Moreau. El hermano la fomentó desde niño y se pasaba mucho tiempo en oración en la iglesia delante de una imagen de san José. San José fue su santo predilecto después de la Virgen María.

Para solucionar cualquier dificultad acudía a él. Le gustaba hacer procesiones con su imagen, poner papeles escritos debajo de su imagen y curar a los enfermos con medallas de san José bendecidas por un sacerdote y con el aceite que había ardido ante su imagen.

Él aconsejaba que, cuando hubiera pleitos judiciales, enviaran una medalla de san José a los abogados de la parte contraria o al juez. A un viajante de comercio le aconsejó tener una medalla de san José en la mano, cuando fuera a visitar a sus clientes. Él, por su parte, acostumbraba llevar en el bolsillo una pequeña imagencita de san José y, riéndose, decía que tenía a san José *en el bolsillo*.

Sor Leblanc refiere: *Cuando yo le pedía por ciertas cosas temporales, me decía: “Tal cosa es difícil de conseguir, pero tome una medalla de san José en su mano, cuando vaya a tratar con esas personas. Y, si es posible, envíe a esas personas una medalla de san José por adelantado”*²⁷.

Felipe Erard declaró: *En una inundación, mi tienda quedó destruida. El hermano Andrés me dijo regañándome: “Has tenido poca fe. Deberías haber echado una medalla de san José a las aguas, cuando se acercaban, y te hubieras salvado”*²⁸.

Cuando iba de viaje a Estados Unidos una o dos veces al año, aprovechaba para visitar a sus familiares. Llevaba miles de medallas de san José para repartirlas a los enfermos que lo visitaban.

El señor Gadbois afirma: *Un día le hablé al hermano Andrés de mis dificultades en el negocio. Él me dijo: “Toma papel y escribe: Buen san José, haz por mí lo que harías si estuvieras en la tierra en mi lugar. Tengo una numerosa familia y un negocio difícil de administrar. Escúchame”. Después me recomendó dejar el papel al pie de la imagen de san José y todo se solucionó*²⁹.

²⁷ Sum 641.

²⁸ Sum 968.

²⁹ Sum 273-274.

El mismo hermano Andrés acostumbraba a escribir sus intenciones en unos papeles y los colocaba debajo de la imagen de san José ³⁰. Esto mismo le aconsejó a la hermana Le Royer ³¹.

También le gustaba hacer procesiones con la imagen de san José y encargó al señor Barcelo organizarlas ³². A este respecto el padre Oseas Coderre dice: Recuerdo que en un caso de epidemia en el colegio de Saint Laurent, los religiosos le consultaron al hermano Andrés y él recomendó hacer una procesión con la imagen de san José por todas las salas y lugares del colegio, rezando. Al día siguiente, la epidemia disminuyó sensiblemente y a los dos días había desaparecido. Lo mismo sucedió en el colegio de nuestra Señora. El hermano Andrés vino a rezar con nosotros, llevamos en procesión una imagen de san José, rezando el rosario, y la epidemia desapareció ³³.

Otra cosa que recomendaba era hacer triduos o novenas en honor del santo. Pero sobre todo, consideraba que el primer requisito para obtener favores de Dios era estar en estado de gracia. Por ello recomendaba mucho la oración, la confesión, la comunión y la devoción a san José como remedio para recibir la salud corporal.

Sugería decir oraciones fáciles como: *San José ruega por mí como hubieras orado, si hubieras estado en mi lugar y con mis problemas.*

Por otra parte aconsejaba siempre a los enfermos frotarse con una medalla de san José sobre sus ropas, en la parte enferma de su cuerpo, y él mismo también los frotaba algunas veces. Igualmente recomendaba usar el aceite que había ardido ante la imagen del santo y frotarse con él en su cuerpo enfermo. Cuando los enfermos se curaban, les pedía algún ex-voto, como las muletas u otros aparatos que habían usado, para dejarlos en la capilla como recuerdos del poder de san José y aliento para fomentar la fe de otros.

El padre Cousineau refiere que con ocasión de la visita canónica al Oratorio del padre provincial, padre George Dion, ordenó que quitaran todos los ex-votos y muletas y aparatos ortopédicos de la capilla. El hermano Andrés manifestó al padre Alary su pena por esta prohibición. Por su consejo, el hermano fue a ver al padre provincial y, a continuación, los ex-votos fueron

³⁰ Sum 243.

³¹ Sum 417.

³² Sum 794.

³³ Sum 193.

*repuestos en el mismo lugar anterior. Para él los ex-votos eran manifestación del poder de intercesión de san José y ayudaban a extender su devoción*³⁴.

Él se consideraba el *perrito de san José*³⁵. Y decía: *A Jesús por María y José*. Normalmente decimos: *A Jesús por María*. Él lo completaba con san José para que la sagrada Familia estuviera siempre unida.

Alguien podría preguntar: ¿Por qué necesariamente para curar debía hacerse con medallas de san José y con aceite de san José? Evidentemente es cuestión de fe. Otros santos han usado la llamada medalla milagrosa como la Madre Teresa de Calcuta. En su vida se cuenta que sembró de estas medallas un terreno que quería comprar, y lo consiguió. Regalaba estas medallas a todas las personas que encontraba para incentivarlas en la devoción a María y para que obtuvieran favores y bendiciones. También el hermano Andrés sembró de medallas de san José el terreno de la montaba de Mont-Royal antes que lo comprara su Congregación y, cuando ya lo compraron, iba de paseo con los alumnos y también dejaba caer alguna medalla por el camino para pedir a Dios por intercesión del santo que pudiera hacerse una capilla en su honor. Todo es cuestión de fe, como la curación con el pan bendito de san Antonio de Padua, o el pan de san Nicolás de Tolentino o las rosas de santa Rita o las medallas de María Auxiliadora que usaba san Juan Bosco.

Sin embargo, aclaremos que para él lo primero era el amor a Jesús Eucaristía y a Jesús en su pasión. Aconsejaba mucho rezar el Viacrucis; y después el amor a María, nuestra Madre. Rezaba varios rosarios cada día.

EL ACEITE DE SAN JOSÉ

El aceite para curar lo usaban los apóstoles. Dice el Evangelio: *Echaban demonios y, ungiendo con aceite muchos enfermos, los curaban* (Mc 6, 13). El apóstol Santiago dice en su carta: *¿Está enfermo alguno de vosotros? Haga llamar a los sacerdotes de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor y la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor lo hará levantarse y los pecados que hubiere cometido le serán perdonados* (Sant 5, 14-15).

El fundador de los religiosos de la santa Cruz, padre Emilio Moreau, tenía un amigo laico, León Dupont, llamado el santo de Tours (Francia), cuya causa de beatificación está introducida, que aconsejaba tomar aceite de la lámpara que

³⁴ Sum 384-385.

³⁵ Sum 802.

brillaba delante de una imagen de la santa Faz; y con él frotaba a los enfermos y muchos se curaban.

Un día una postulante a religiosa de la Santa Cruz se enfermó gravemente y se temió por su vida, pues estaba ya inconsciente. El padre Kilroy, de la comunidad de la Santa Cruz, dio a las hermanas aceite que había recibido de señor León Dupont, le frotaron a la enferma la espalda y, ante la sorpresa de todos, abrió los ojos y comenzó a hablar. Esta curación completa sucedió en 1851 y el hermano Andrés debió conocerla.

Un obispo le dijo un día: *A unos enfermos les dice: “Ya están curados” y así es. A otros les aconseja orar a san José y hacer novenas; a otros frotarse con la medalla o con el aceite de san José y a otros les dice: “Voy a rezar por usted”. ¿Por qué esa diferencia? Respondió: “A veces es muy fácil de ver”. ¿Eran simples inspiraciones o su ángel o san José le decía las cosas?*

Cuando él frotaba algún enfermo no usaba medalla, lo hacía con su mano sobre la ropa y decía que producía el mismo efecto. Él frotaba fuerte y, en ocasiones media hora o una hora, incluso durante varios días ³⁶.

Él nunca frotaba con el aceite para no tocar directamente el cuerpo del enfermo. Frotaba con la medalla o sin la medalla sobre la ropa en las partes honestas del cuerpo.

SIGUE CURANDO

Arturo Ganz informa: *El señor Henri Dagenais, empresario, sufría de un reumatismo inflamatorio. Yo le aconsejé visitar al hermano Andrés. El hermano le frotó y le dejó la medalla y el aceite de san José para que continuara frotándose. El señor Dagenais no tenía mucha confianza, pero lo hizo; y después de una semana de frotaciones se sintió curado definitivamente. Este señor le ofreció al hermano un billete de diez o veinte dólares. El hermano le dijo: “Suelta otro”. Le iba a dar otro, cuando el hermano le dijo: “No te preocupes, es una broma”. Pero el señor Dagenais respondió: “Le voy a dar voluntariamente 500 dólares por haberme curado”. El mismo señor sugirió a su hijo y a su suegra enfermos que fueran a ver al hermano Andrés y también fueron curados ³⁷.*

³⁶ Sum 14.

³⁷ Sum 460-461.

Un día, en el colegio, curó a un alumno en la enfermería. Le había frotado y le había hecho desaparecer la fiebre. El alumno se fue a la clase. Cuando el médico fue a ver al enfermo y supo que estaba en clase, se disgustó. Después habló mal del hermano Andrés y lo trataba de un viejo sobador y charlatán, que engañaba a la gente.

Otro día vino un hombre a decirle que su esposa estaba mal de salud y él estaba muy preocupado. El hermano le respondió: *Pero su esposa no está enferma, ella está en pie y, cuando vaya, le abriré la puerta.* Cuando él llegó a su casa, encontró a su esposa curada. Esta curación y la del niño curado en la enfermería del colegio, le dio fama y empezaron a visitarlo otros muchos enfermos.

El padre Coderre refiere: *Algunos religiosos de la comunidad, en particular el hermano Henri, se burlaban de él. Este hermano Henri se quejó al doctor Charette, que era el médico del colegio, e hicieron sufrir mucho al hermano Andrés con sus desprecios*³⁸.

Felipe Perrier, vicario general de la diócesis de Montreal, declaró: *Algunos médicos reprochaban al hermano Andrés de ejercer ilegalmente la medicina. Sus quejas llegaron hasta el arzobispo, Monseñor Bruchesi, quien nombró una comisión, compuesta de tres sacerdotes, entre los que me encontraba yo. Los tres fuimos al colegio de Côte-des-Neiges, donde él era portero. Lo interrogamos durante algunas sesiones para saber si el culto que el hermano daba a san José era supersticioso y, si se oponía a los medios naturales de curación que usaban los médicos o si solamente se contentaba con pedir a Dios por intercesión de san José la curación de los pacientes.*

*La comisión envió el reporte al arzobispo sin pronunciarse sobre la veracidad o autenticidad de los milagros que se decían suceder. La comisión declaró que la devoción a san José tal como se practicaba en el Oratorio era sencilla y enteramente conforme con la dignidad de la Iglesia. Este informe está guardado en los archivos del arzobispado de Montreal*³⁹.

Adelardo Fabre añade: *Un día fue al Oratorio el arzobispo de Montreal Mons. Bruchesi. Había recibido malos informes sobre que el hermano Andrés frotaba mujeres, etc. Ese día el arzobispo se sintió entumecido y le pidió al hermano Andrés de frotarle y, como se sintió bien, le dijo: “Continúa frotando a los enfermos como antes”*⁴⁰.

³⁸ Sum 183.

³⁹ Sum 446.

⁴⁰ Sum 326.

Y siguió con su tarea, pero algunos presentaron sus quejas ante la Oficina de Higiene de la ciudad. De la Oficina delegaron a un doctor para hacer una investigación, quien le preguntó al hermano Andrés, si curaba y cómo curaba. Él le dio una medalla de san José y una botellita de aceite del mismo, diciéndole: “Vea lo que doy. También a usted le puede ser útil”. El delegado le dijo: “Usted no tiene nada de qué preocuparse. No veo nada malo en ello”⁴¹.

Con el tiempo era tanta la demanda de aceite que tuvieron que venderlo en botellitas en la tienda del Oratorio.

SU VIDA ORDINARIA

En los primeros años del colegio hacía de portero con toda una serie de trabajos anejos. Más tarde, con el permiso de sus Superiores, se dedicó a atender a los enfermos que lo visitaban.

Al principio los atendía en la sala de espera del colegio, pero muchos padres de los alumnos se quejaron al director de que sus hijos podían ser contagiados por aquellos enfermos. Y amenazaron que, si continuaban llegando enfermos, retirarían a sus hijos. Por ello, el Superior le prohibió al hermano Andrés recibir a los enfermos en el colegio.

Sin embargo, los enfermos seguían llegando e importunando al hermano que les decía que no tenía permiso para atenderlos. Ellos fueron a hablar con el Superior y consiguieron que pudieran ser atendidos en la sala de espera de la estación del tranvía, que pasaba exactamente enfrente del colegio. Allí los atendió durante dos años.

Más tarde atendió en la pequeña capilla construida en la cima de Mont-Royal y después en una oficina que tenía en la montaña junto al futuro Oratorio. Allí había también una tienda para comprar objetos religiosos y los enfermos podían conseguir medallas y el aceite de san José.

Veamos un día de su vida normal, según lo refiere su Superior, el padre Cousineau: *El hermano normalmente, durante muchos años, se levantaba a las cinco de la mañana; y a las cinco y media iba a la meditación con la comunidad. A las seis asistía a misa y recibía la comunión. Después oía otra misa en acción de gracias. Tomaba un ligero desayuno y hacia las siete, él iba a su habitación donde reposaba un poco o rezaba hasta las nueve. Desde las nueve hasta*

⁴¹ Sum p. 18.

mediodía recibía a los pacientes en su oficina. Él les recomendaba tener paciencia, leer el evangelio, la Imitación de Cristo y las vidas de los santos. A algunos los enviaba a rezar al pie de una imagen de san José.

Al mediodía después de una ligera comida, iba a su habitación a reposar y orar, y enseguida iba a su oficina a ver a los visitantes hasta las cinco de la tarde. A las cinco, uno de sus amigos, el señor Pichette o Corbeil o Gadbois u otros, venían a buscarlo para llevarlo en coche a visitar enfermos a domicilio o a los hospitales. El itinerario de estas visitas lo hacía el Superior según las demandas. Ordinariamente tomaba una pequeña cena en la casa del chofer que lo llevaba. Regresaba al Oratorio entre nueve y diez de la noche. Hacía sus ejercicios espirituales en la cripta o en su habitación. Los viernes de cada semana no hacía la visita a domicilio, se quedaba en el oratorio para hacer la hora de adoración y el Viacrucis. Antes de acostarse, recorría la cripta para cerrar las ventanas y apagar las lámparas. Se acostaba no antes de las once. Así fue más o menos su programa durante los últimos 31 años de su vida ⁴².

Azarías Claude anota: Yo visité al hermano Andrés durante mucho tiempo todos los días; yo estaba en la sala de espera de su oficina para guardar el orden. De esta manera él podía recibir de treinta a cuarenta pacientes cada hora. Cumplí esta función durante 15 años hasta la muerte del hermano Andrés⁴³.

El señor Domingo Cormier añade: Un día recibió en su oficina 700 visitantes ⁴⁴. Sobre todo, se preocupaba de su alma. A alguno le decía: Vaya al Oratorio, ponga su alma en regla con Dios y luego viene mejor dispuesto. Cuando estaba con algún pecador, le recordaba que su alma había sido comprada con la sangre de Jesucristo.

PENAS Y ALEGRÍAS

El médico del colegio, que tanto había criticado el hermano Andrés y le había tratado de viejo loco y sobador, fue un día humildemente a visitarlo. Su esposa tenía hemorragias y por más que la curaba y pedía opinión a otros médicos, no se sanaba. Su esposa le insistió que fuera a ver al hermano Andrés, del que ya mucha gente hablaba que *hacía milagros*. Él fue por complacer a su esposa. El hermano lo recibió con una sonrisa y, al manifestarle la enfermedad de la esposa, le dijo: *No morirá, la hemorragia ya ha cesado*. Regresó a su casa y se

⁴² Sum 389-390.

⁴³ Sum 195.

⁴⁴ Sum 359.

dio con la sorpresa que la hemorragia había cesado y su esposa estaba en plena salud ⁴⁵. El hermano no sólo no se vengó, sino que le hizo un gran favor, haciéndose buenos amigos. Su esposa nunca volvió a tener problemas de hemorragias de esa naturaleza.

Veamos el caso de una señora que acudió a visitar al hermano, quiso explicarle cuál era su problema, pero el hermano no la dejó explicarse y ella salió de mal humor, hablando mal del hermano, y sin embargo quedó curada. El señor Azarías Claude lo refiere así: *Recuerdo al caso de una mujer que había venido a ver al hermano Andrés apoyada del brazo de dos compañeras, porque sus piernas eran muy débiles. El hermano les dio una corta audiencia y la mujer enferma salió malhumorada porque no le había podido explicar su enfermedad. Había salido sola, sin apoyo ninguno, y alguien se lo hizo notar. Entonces las tres lloraron de alegría y la enferma se fue como si nunca hubiera estado enferma* ⁴⁶.

En otro caso no pudo hacer más por el egoísmo de las personas. Lo cuenta así Arturo Ganz: *Un día llegó a visitar al hermano Andrés un judío americano con su hija de quince años, que iba en silla de ruedas. Este hombre le declaró que había viajado por Europa: a Viena, Berlín y París, para tratar a su hija con los mejores médicos y venía como último recurso al Oratorio. El hermano Andrés le dijo a la joven: “Levántese y camine”. Ella no se atrevía. El hermano repitió: “Levántese y camine. Si no quiere hacer lo que le digo, ¿para qué viene?”. La joven comenzó a caminar, y el hermano pidió que dejara sus muletas como ex-voto en el Oratorio. Pero, como tenían soportes de oro, no quisieron dejarlas y se fueron con ellas. Al día siguiente, el padre telefoneó desde Nueva York que la joven ya no caminaba. Entonces el hermano me dijo: “San José quería que dejaran las muletas en el Oratorio y ellos no han querido, han preferido guardarlas de recuerdo. Muy bien, si las quieren guardar de recuerdo, que las guarden”* ⁴⁷.

El señor Gadbois certifica: *Cuando algún visitante venía solo por curiosidad y para burlarse, el hermano Andrés lo recibía educadamente y después le hacía sentir que su intención no era buena. Recuerdo haber sido testigo de un hecho. Una pareja de Estados Unidos se presentó llevando un niño enfermo. El papá parecía tener poca confianza en el hermano Andrés y sonreía de mala manera. El hermano aceptó frotar al niño, pero después de su salida, me confesó que el niño no se curaría, porque el padre no tenía confianza. Había venido más para divertirse que para orar a san José* ⁴⁸.

⁴⁵ Sum 35.

⁴⁶ Sum 205.

⁴⁷ Sum 459-460.

⁴⁸ Sum 265.

José Pichette recuerda: *Yo he conocido al hermano Andrés durante 30 años y he pasado días enteros a su lado con él en su oficina. Siempre lo he visto de buen humor y con buen trato para todos. Así fue durante los 25 primeros años. Los últimos cinco años, debido a su edad avanzada y a estar muy fatigado, estaba un poco nervioso y decía algunas palabras duras. Sobre todo, le impacientaba oír que la gente le exigía hacer un milagro para sanarlos*⁴⁹.

Un día recibió una gran alegría al encontrar el cuerpo del jefe de los bomberos. El 16 de junio de 1932 el jefe de los bomberos de Montreal, Gauthier, presidía una ceremonia en honor de los bomberos muertos en el cumplimiento de su deber. Al día siguiente por la mañana, un terrible accidente ocurrió en el dique seco de la Compañía Vickers. Lo llamaron de urgencia. Un petrolero americano, el *Cymbeline*, explotó y unas 50 personas quedaron afectadas, de las cuales algunas murieron. Allí perecieron el jefe de los bomberos, Gauthier, y tres de sus hombres.

Cuando quisieron encontrar su cadáver fue imposible, a pesar de la búsqueda de día y de noche durante cuatro días. El hermano Andrés fue a consolar a la viuda Gauthier y acariciar a sus seis huérfanos. Los bomberos le pidieron que hiciera algo para encontrar el cadáver. Fue a la orilla del canal y echó al agua dos medallas de san José. Eran las cinco de la tarde. Doce horas después, el cuerpo de Gauthier apareció en la superficie, exactamente entre los dos puntos en que el hermano Andrés había arrojado las medallas. Era el último cuerpo rescatado de todos, como si quisiera salvarse el último de todos. Los funerales tuvieron lugar al día siguiente en la catedral⁵⁰.

CONVERSIONES

El hermano Andrés se preocupaba más de las almas que de los cuerpos. La sanación de los enfermos era un medio para que su fe creciera y amaran más a Dios, ellos y sus familiares. Lo que más le hacía feliz era la conversión de los pecadores.

El señor Pichette nos dice: *Recomendaba observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Me decía: “Una persona que ha perdido la fe, ha perdido a Dios”. Cuando había personas que no creían o eran poco creyentes, tomaba el crucifijo en sus manos y les hablaba de la pasión de nuestro Señor Jesucristo para inspirarles la fe. Él me ha referido que un día encontró a una joven*

⁴⁹ Sum 42.

⁵⁰ Catta p. 733.

*abogada que había perdido la fe en una estadía de estudios en París, y le había exhortado a retomar su fe primitiva. A los protestantes los invitaba a ir al Oratorio y he oído decir que muchos protestantes, incluso judíos, se habían convertido a raíz de sus curaciones*⁵¹.

Su amigo Corbeil asegura: *Yo sé que tenía algunos amigos judíos y los veía de cuando en cuando. Conozco que él convirtió a uno o dos*⁵².

Un día le dijeron al hermano Andrés: *Usted debería acostarse más temprano. Prolonga mucho sus oraciones. Él respondió: Si supiera la necesidad que tienen las almas de oraciones, no diría eso. Y cuando le reprochaban que hacía mucha penitencia, decía: Hace falta hacer penitencia por los pecadores, ellos no hacen ninguna*⁵³.

Cuando había problemas en las familias, él aconsejaba: *“Pónganse bajo la protección de san José”. Decía: “Los problemas entre esposos son como corrientes de aire. Para que haya corriente hace falta dos aberturas. Cerramos una y se suprime la corriente de aire. Que la señora cese de responder al esposo y él terminará por callar y, si no lo hace, sopórtelo, ore y todo irá mejor”*⁵⁴.

También aconsejaba a las señoras orden y limpieza en casa y decirle al esposo: *Esto lo hago por ti.*

El padre Felipe Laurette declaró: *La señora Laporte había ido a ver al hermano Andrés para pedir la curación de su esposo, que era alcohólico. El señor Laporte, a instancias de su esposa, consintió ir a ver al hermano, quien lo recibió privadamente. Había rezado por él y le había frotado sobre el estómago con una medalla de san José. El señor Laporte había regresado a ver al hermano Andrés y en muy poco tiempo cesó de tomar bebidas alcohólicas*⁵⁵.

Miguel Alberto Trudel dice: *Recuerdo un caso que me contó el mismo hermano Andrés. En un viaje por Estados Unidos fue invitado por un padre oblato de María Inmaculada a visitar a un protestante moribundo, casado con una católica. Cuando entró en su habitación, el enfermo le dijo que no tenía interés en verlo. El hermano respondió: “Podemos hablar un poco”. Se interesó de su enfermedad y, al final, el enfermo le permitió frotarlo con una medalla de san José. Antes de irse, le dijo que rezaría por él a san José y que volvería al día siguiente. El enfermo había mejorado, cuando volvió el siguiente día. Le frotó de*

⁵¹ Sum 42-43.

⁵² Sum 96.

⁵³ Sum 761 y 933.

⁵⁴ Catta p. 630.

⁵⁵ Sum 706.

nuevo y se sintió completamente curado. El enfermo se convirtió, hizo su primera comunión y fue en peregrinación al Oratorio⁵⁶.

El señor Gadbois afirma: *El hermano Andrés consiguió la conversión de un protestante, el señor Ganz, que después se ha sentido muy reconocido por su fe católica. Este señor se ofreció después de su conversión a llevar en carro al hermano para visitar a los enfermos*⁵⁷.

Un día llegó a visitar al hermano Andrés un joven de Estados Unidos en un soberbio Cadillac. Algunos preguntaron quién era. Después de algunas investigaciones, se supo que era un gángster, buscado por la policía. Este joven iba a Detroit para huir de la policía, pero tenía su brazo mal y llegó al Oratorio de Montreal y habló con el hermano Andrés. El joven no creía ni practicaba ninguna religión. El hermano le leyó algunas páginas del evangelio y el joven se convirtió⁵⁸.

Domingo Cormier refiere: *Mi cuñada Ana Pichette me ha contado lo siguiente: “Un hombre había ido a visitar al hermano Andrés con su joven hija y ante su curación extraordinaria, confesó públicamente que él no había frecuentado la Iglesia desde hacía 30 años; y que había venido al Oratorio para burlarse del hermano Andrés. Pidió permiso para venir a dormir a su habitación y el hermano se lo concedió. De hecho, vino, se confesó y comulgó en el Oratorio. El hermano Andrés contaba que había sido una gran conversión”*⁵⁹.

El hermano sufría mucho al ver el trabajo de los comunistas contra la Iglesia y decía que san José era el protector de Montreal y que, si no habíamos sufrido la guerra ni los asaltos del comunismo, se debía al Oratorio de San José.

*Un señor, Tremblay, era comunista activo y no practicaba la fe católica. Sufría de reumatismo y debió guardar cama. El padre Audet le pidió al hermano Andrés ir a visitarlo. El señor Tremblay se sorprendió de la visita. Después de conversar un poco, el hermano le dijo: “Usted no sufre de reumatismo, usted puede caminar”. El enfermo le hizo notar que llevaba tres semanas en cama, pero obedeció, se levantó y pudo caminar sin dolor. A raíz de este hecho, el señor Tremblay se confesó, comulgó, dejó sus actividades comunistas y visitaba muchas veces el Oratorio, viviendo como buen cristiano*⁶⁰.

⁵⁶ Sum 814.

⁵⁷ Sum 280.

⁵⁸ Catta p. 640.

⁵⁹ Sum 369-360.

⁶⁰ Domingo Cormier; Sum 360.

Arturo Ganz manifiesta: *Recuerdo el caso del señor Desaulniers, que era portero. Había sido católico, pero había abandonado la fe al hacerse comunista. Yo le oí decir: “Dios no existe; cuando el hombre muere, ya no hay nada más”. Yo le hice pensar: “Si no hay nada después de la muerte, voy a traer un revólver para que pueda terminar con sus desgracias y miserias”. Pero él no aceptó. Le aconsejé que fuera a ver al hermano Andrés. Fue a visitarlo y, en su primera visita, estuvo hablándole durante dos horas. A partir de ese día se confesó, comenzó a comulgar cada día, se alejó de los círculos comunistas y dejó de beber (en exceso).*

*El mismo señor Desaulniers me dijo que ahora era feliz y que tenía dinero suficiente para cuidar a sus siete u ocho hijos y que había tranquilidad en su hogar. El hermano Andrés le hizo regresar a la fe católica y le hizo ser un buen cristiano*⁶¹.

Sor Leblanc anota: *La señorita Ivanne Mercier desde hacía diez años vivía en el Asilo de la providencia, en nuestra casa de Montreal. Tenía una pierna más corta que la otra y caminaba con mucha dificultad, pues tenía anquilosada la rodilla desde hacía mucho tiempo y usaba dos muletas. En 1925 decidió ir a visitar al hermano Andrés. Ella le pidió dos favores: su curación y la conversión de una persona. El hermano le dijo: “Si el Señor sólo te diera una gracia, ¿cuál prefieres de las dos?”. Ella respondió: “La conversión de esa persona”.*

*El hermano respondió: “Ahora tienes los dos favores concedidos. Deja las muletas y camina”. Al principio caminó con dificultad, pero, después de unos minutos, caminó bien. Al día siguiente tuvo conocimiento que el pecador por el que oraba se había convertido y se había confesado. A su regreso al Asilo, recuerdo que se cantó un “Te Deum” en acción de gracias por su curación*⁶².

Arturo Ganz declaró: *Una vez tuve un pinchazo en la rueda del coche y un transeúnte, que me ayudó a reparar el neumático, blasfemó mientras hacía el trabajo. El hermano Andrés, que estaba dentro del coche, lo oyó y le dijo que no ofendiera al buen Dios con blasfemias; y le dio una medalla de san José. Al responderle, este hombre soltó involuntariamente otra blasfemia. El hermano le dio otra medalla. El otro le manifestó: “Tendrá que darme un puñado de medallas para quitarme esta mala costumbre”. El hermano lo animó a corregirse y me ha dicho que este hombre venía de vez en cuando a visitarlo al Oratorio*⁶³.

⁶¹ Sum 464-465.

⁶² Sum 636-637.

⁶³ Sum 469.

El padre Cousineau refiere que oyó al padre Clemente Adolfo de su comunidad el hecho siguiente, que él había presenciado. *Presentaron al hermano Andrés un niño que sufría de ablandamiento de la columna vertebral y llevaba un corset de yeso con una varilla de hierro para soportar el peso de la cabeza. El hermano le dijo a su madre que el niño estaba curado. La madre le pidió quitarle el corset de yeso. El hermano no lo quiso hacer y ella misma lo hizo a pesar de las protestas del padre Clemente. Cuando le quitó al niño el corset, el hermano Andrés le dio la mano y le pidió que caminara, lo que el niño pudo hacer. Un testigo del hecho pidió otra prueba y pidió al niño subirse a una silla y saltar al suelo. El niño lo hizo tres veces. El padre Clemente quedó impresionado y temía que se le rompieran los riñones. El testigo dijo entonces: “Padre Clemente hace mucho tiempo que no me confieso, confíeseme”* ⁶⁴.

José Pichette por su parte indica: *Un día fui con el hermano Andrés a casa del señor Lefebvre, un francmasón, que estaba con parálisis. El hermano trató de hacerle decir los nombres de Jesús, José y María, pero fue en vano. Al salir de la casa, el hermano me dijo: “No hablará hasta que pronuncie los nombres de Jesús, José y María”*.

El enfermo permaneció paralizado durante dos años. El sacerdote de la parroquia de San Nicolás, lo visitaba de vez en cuando. Un día le dijo el sacerdote: “Vas a morir sin sacramentos”... Al otro día el señor Lefebvre escribió en un papel que quería confesarse, y así recobró el habla. Él vivió muchos años después de su curación ⁶⁵.

Y continúa el señor Pichette: *El hermano Andrés me contó que, llegando de un viaje de Estados Unidos, le habían pedido ir a ver a un enfermo que era francmasón. El hermano le mostró una medalla de san José y le dijo que muchas personas habían sido curadas frotándose con ella. El mismo hermano se puso a frotarle y el enfermo mejoró. Se convirtió y murió un año después* ⁶⁶.

De otro caso da testimonio Felipe Erard: *Conozco el caso del señor Napoleón Roussel, que era masón del grado 32 y había abandonado totalmente la religión católica. Conoció al hermano Andrés y se hicieron buenos amigos. Él iba a visitarlo al Oratorio. A partir de ahí, dejó totalmente la masonería e iba todos los domingos a la misa mayor de la parroquia con su hijo, según me confirmó el párroco Wilfrid Choquette. Murió hace cuatro o cinco años, después*

⁶⁴ Sum 412.

⁶⁵ Sum p. 37.

⁶⁶ Sum p. 33.

*de haber recibido los sacramentos de la Iglesia, y dejando como testamento una suma de dinero para la celebración de misas por su alma*⁶⁷.

Otro caso contado por el padre Labonté: *Conozco un francmasón llamado Wilson, del grado 33, domiciliado en Plattsburg, N.Y., Estados Unidos. Él venía frecuentemente a visitar al hermano Andrés, quien también lo visitaba en Plattsburg. El hermano consiguió que saliera de la masonería y practicara la fe católica. A un creyente le dijo para probarle la existencia de Dios: “Las estrellas que usted ve en el firmamento, ¿es usted quien las ha puesto allí?”*⁶⁸.

Salvador Marotta recuerda el hecho siguiente: *Un americano de Los Ángeles sufría de cáncer intestinal y había venido a ver al hermano Andrés al Oratorio. Era masón. El hermano Andrés le había aconsejado frotarse con la medalla y el aceite de san José. El enfermo lo hizo y regresó a ver al hermano para agradecerle y decir que estaba curado y ya no tenía dolores*⁶⁹.

El padre Arturo Theoret refiere un hecho que le contó el padre Laurin: *Un día llegó al Oratorio un hombre muy encorvado, que quería ver al hermano Andrés. El hermano le indicó que antes de oírlo debía ir a la capilla del Oratorio y ver a un sacerdote. El enfermo insistía: “Yo no he venido a ver a san José, sino al hermano Andrés”. Por fin, se fue a la capilla y empezó a rezar el Viacrucis al revés, empezando por la última estación. El padre Laurin se lo hizo notar y él le manifestó que quería confesarse. El padre Laurin le pidió que primero terminara el Viacrucis y después lo atendería. Así lo hizo. Al terminar de confesarse, se dio cuenta de que estaba curado y gritaba: “Estoy curado. Hace cuarenta años que no me había confesado”. Después regresó a ver al hermano Andrés, quien le dijo: “Con tanto peso sobre sus espaldas, no es extraño que estuviera usted encorvado”*⁷⁰.

El coronel Ham, publicista de la Compañía de trenes *Canadian Pacific*, escribió el primer libro sobre el hermano Andrés, titulado *The miracle man* (El hombre del milagro). Lo escribió para llevar al Oratorio tanto a protestantes como católicos. Él era protestante y se hizo muy amigo del hermano Andrés y decía: *Yo no practico ninguna religión, pero si tuviera que practicar una, sería la del hermano Andrés*⁷¹.

⁶⁷ Sum 969.

⁶⁸ Sum 51.

⁶⁹ Sum 497.

⁷⁰ Sum 289.

⁷¹ Sum 291.

MILES DE CURACIONES

El hermano Andrés, oficialmente san Andrés Bessette, ha sido uno de los más grandes taumaturgos de la historia de la Iglesia católica. Cada año se reportaban miles de curaciones extraordinarias, de las cuales muchas eran verdaderos milagros. Veamos algunas, entresacadas de los testimonios del Proceso de canonización.

José Pichette asegura: *El hermano Andrés me ha contado que un hombre joven tuberculoso tenía pleuresía y le habían hecho una operación a “las costillas”, poniéndole un tubo para que saliera el pus. El tubo cayó un día en el pulmón y se debió hacer otra operación para extraerle el tubo. Al final, el médico le aconsejó que fuera a las montañas de Suiza, que sería el único lugar donde podría vivir. Pero el hermano Andrés fue a visitarlo y le tuvo tres semanas en su habitación donde le frotaba una hora y media cada día. Por fin el hermano telefoneó a su doctor para que lo examinara de nuevo. Después del examen, el doctor Dufresne afirmó que no solamente la llaga y el pulmón se habían curado, sino que no había señales de la operación de las costillas* ⁷².

Por su parte, Azarías Claude refiere: *El hermano Andrés fue en una ocasión a Howick a visitar a la esposa del doctor Patenaude, que tenía un brazo en mal estado... El hermano le pidió que hiciera varios movimientos y pudo hacerlos sin dificultad, porque estaba curada. Entonces el hermano le preguntó si tenía algún enfermo que no podía curar y el doctor le llevó a casa de un protestante. Al llegar el hermano Andrés, le preguntó si creía en Dios y si creía que lo podía curar. Al responderle que sí, le ordenó al enfermo levantarse y caminar, lo que hizo, aunque al principio con un poco de dificultad. Estaba curado* ⁷³.

El señor Pichette afirma: *Yo he sido testigo de un milagro del hermano Andrés. Le había dicho a un enfermo, que llegó en una camilla: “Camina” y el hermano se fue al presbiterio sin preocuparse de más. El enfermo caminó; estaba curado. Entre la gente presente hubo una gran conmoción, pero el hermano ya no estaba allí* ⁷⁴.

Adelardo Fabre nos dice: *Fui testigo del siguiente caso. Una señora de unos cuarenta años fue llevada por dos hombres. El chofer del coche que la había traído, la seguía, llevando sus dos muletas. Esa mujer estuvo una media hora en la oficina del hermano y yo la vi salir sin apoyo de nadie. El hermano*

⁷² Sum p. 36.

⁷³ Sum 207.

⁷⁴ Sum p. 20.

Andrés iba detrás de ella y le oí decir: “No tenga miedo, camine”. Yo la vi. El chofer del coche me dijo que esa mujer había tenido las piernas como muertas y que no había caminado los últimos cuatro años. El chofer estaba tan emocionado que me aseguró que no podría conducir enseguida hasta que se le pasase la emoción. Él se lamentaba de no haberla traído antes, porque era pobre y tanto le insistía que, después de tres meses, la trajo al Oratorio ⁷⁵.

El doctor Lamy, que fue médico personal del hermano Andrés, declaró: El año 1927 ó 1928 yo sufría de la garganta desde hacía tres días y estaba en casa con fiebre, teniendo todos los síntomas de amigdalitis. Mi esposa llamó al doctor Georges Badeaux y encontró el caso serio, consultando al doctor Paul Gauthier, quien hizo algunos exámenes de laboratorio, pensando que era difteria.

El hermano Andrés vino a mi casa a visitarme. Yo no sospechaba la gravedad de mi mal y el hermano me dijo que todo iría bien. Después se puso a frotarme la garganta durante diez minutos. Había estado en casa solamente un cuarto de hora, y me dejó animado. Pasé una noche excelente. Me desperté a las cinco o seis de la mañana del día siguiente y sentí la necesidad de escupir para desalojar las vías respiratorias. Constaté que echaba unas membranas que me hicieron pensar en una difteria. No obstante, yo me sentía bien y sin fiebre. El doctor Badeaux vino a verme, me examinó la garganta y se extrañó de que estaba limpia y bien. Después me mostró el reporte del laboratorio donde se señalaba la existencia del bacilo de difteria y aconsejó inmunizar a todas las personas de la casa, lo que hice yo mismo. Esta curación fue extraordinaria, sobre todo, sin tomar medicamentos ⁷⁶.

Arturo Ganz dijo en el Proceso: Yo he conocido al hermano Andrés por intermedio del padre Audel, que me ha convertido. El padre Audel llevaba un aparato para sostener el estómago, el hígado y los riñones. Después de visitar al hermano Andrés, había dejado el aparato como ex-voto en el oratorio y me confesó que estaba curado. Para probar la curación del padre Audel lo invité a un almuerzo en mi casa. El menú consistía en carnes de cerdo, cremas y otras cosas fuertes para el estómago. Al día siguiente el padre Audel me aseguró que había dormido muy bien.

Por este motivo, yo quise conocer al hermano y acompañé al padre Audel a visitarlo, porque él quería curarse de una oreja. El hermano le frotó muy fuerte en la oreja y yo me permitía reír al ver las muecas del padre Audel. El hermano Andrés me dijo sonriente: “Aquí el reírse cuesta 50 dólares”. Le respondí: “Entonces no quiero reírme más”. Él me preguntó si tenía coche y si

⁷⁵ Sum 328.

⁷⁶ Sum 520-521.

estaba dispuesto a llevarlo en las visitas a los enfermos. Le dije que sí. Quedamos en ir al día siguiente y fuimos a visitar el señor Nadeau.

Este señor Nadeau sufría de los ojos y casi no veía nada; apenas podía distinguir el día de la noche. Había sido tratado por especialistas en el hospital Royal Victoria, pero no pudieron hacer nada por él.

El hermano Andrés le dijo: “Frótese con la medalla de san José y haga una novena a san José. Volveré dentro de una semana”. A la semana regresó a verlo y yo le acompañé. El señor Nadeau estaba sentado en una silla y tenía un periódico en sus manos. Él podía leer, aunque no mucho tiempo, pues se le empañaba la vista. El hermano Andrés le dijo que aprendiera a caminar antes que a correr. He sabido por el testimonio de mi suegro, que era sobrino del señor Nadeau, que tenía buena vista y no usaba lentes. Murió a los 80 años... Yo debo decir que, antes de oír hablar del hermano, yo era protestante y no creía en lo que decían de que curaba enfermos ⁷⁷.

Un día el hermano Andrés viajaba en coche por la ruta de Ottawa. El chofer se detuvo en una gasolinera para llenar el tanque. Una joven de 15 años, que sólo podía caminar con ayuda de muletas, oyó hablar de que en ese coche estaba el hermano Andrés y se le acercó para pedirle que la curara. El hermano le dijo simplemente: “Tú no estás enferma, tú puedes caminar”. Y la joven se puso a caminar. Estaba curada. Quince días después llevó sus muletas como ex-votos al Oratorio y yo mismo la recibí y me explicó cómo había sido curada ⁷⁸.

Moisés Robert dio el siguiente testimonio: Al día siguiente del parto, mi esposa quedó parálitica. Yo fui a su cabecera al hospital de las hermanas de la Misericordia de Montreal. Cuando llegué, el capellán le estaba dando la unción de los enfermos. Me puse a rezar con los presentes. Después, alguien llamó de parte del hermano Andrés para saber cómo estaba mi esposa, diciendo que a las once vendría el hermano a visitarla... El hermano llegó a las once y me dijo: “Frota su cabeza fuertemente”. Y me repitió dos o tres veces: “Más fuerte”. La frotación duró unos siete u ocho minutos. Entonces el hermano Andrés me dijo: “Basta, ella va a dormir toda la noche y mañana hablará como todos. Vaya mañana a la misa de las siete al Oratorio y después venga a verme”.

Por la mañana me informé del estado de mi esposa y la enfermera me dijo que se había despertado y estaba fatigada. Fui a ver a mi esposa para decirle que iba al Oratorio a la misa. Después de la misa, el hermano me pidió llevarlo a Roxton Pound, a cincuenta millas de Montreal. Yo me sentí mal por este

⁷⁷ Sum 450-451.

⁷⁸ Testimonio del padre Labonté, Sum 148.

pedido, pero después pensé que, si él me lo pedía, debía aceptar. Antes de viajar me dijo: “Vamos al hospital a pedirle permiso a tu esposa”. Mi esposa me animó diciendo: “Este viaje te hará bien”.

Fuimos a Roxton Pound y regresamos a las dos de la mañana. Nos detuvimos en el hospital y se nos informó que mi esposa estaba muy bien. Mi esposa fue mejorando y a los 15 días salió del hospital. Yo considero esta curación como extraordinaria ⁷⁹.

El padre Coderre recuerda otro suceso: Un hombre vino un día a la oficina del hermano Andrés. En el momento que yo lo vi, depositaba a su hija de siete u ocho años en el suelo. Este hombre me contó que su hija estaba casi ciega y tenía parálisis infantil, que le impedía caminar. La niña, al salir de la oficina, le pidió a su padre que la dejara en tierra y, al instante, se fue a la fuente sin ayuda de su padre. Yo vi cómo subía las escaleras y después saltaba de un golpe los dos últimos escalones ⁸⁰.

José Pichette cuenta: El señor Emilio Laporte, de 26 años, era planchador en una fábrica de manufacturas de Joliette. Él tenía sus piernas hinchadas y un médico le dijo que podía morir muy pronto de esa enfermedad o tener que arrastrarse para caminar. Yo lo envié al hermano Andrés, quien habló amigablemente con él y le pidió que le dijera qué movimientos de la pierna necesitaba hacer para trabajar en la fábrica. El joven hizo los movimientos, agitando su pierna hacia arriba y hacia abajo. Yo le hice darse cuenta de que ya estaba curado y podía trabajar. Esta curación sucedió hace ya 10 años ⁸¹.

Y añade: Un día yo estaba con el hermano Andrés en su oficina y llegó un hombre joven que sufría de una pierna. Le dijo al hermano: “Hace un año que vengo al Oratorio. Hoy termino una novena. Si no me va mejor, me haré amputar la pierna”. El hermano Andrés le ofreció telefonar a su cirujano, si quería la amputación. Le dijo que hiciera la comparación entre los viajes que había hecho al Oratorio y al médico, y le pidió comenzar otra novena; y, si al final de la novena, no estaba mejor, él mismo le cortaría la pierna. Yo vi a este hombre salir de la oficina y oí decir que al séptimo día de la novena había sido curado ⁸².

Continúa el señor Pichette: Mi hermana fue curada por el hermano Andrés hace 25 años. Ella se llama Aurea y tenía un cáncer al seno derecho. El doctor le aconsejó operarse y le introdujo un hierro candente, pero ella

⁷⁹ Sum 727-728.

⁸⁰ Sum 185-186.

⁸¹ Sum p. 31.

⁸² Sum p. 32.

empeoró. El médico le manifestó que tenía tres costillas con caries (úlceras). Y le aconsejó otra operación. Yo le hablé al hermano Andrés y me aconsejó que no se operara, pero empeoró y el médico aconsejó que hiciera su testamento. Le volví a hablar al hermano y me dijo: “Que no se haga la operación. Continúen orando y que sus hermanas le frotan con la medalla de san José”.

Y poco a poco se fue recuperando y hasta las costillas se curaron y pudo seguir trabajando de costurera. El médico, cinco años después de la curación, decía que no podía comprender nada de la curación de mi hermana ⁸³.

Felipe Erard informa: Conozco al señor Hébert Lynck, que se había quedado ciego. Dos especialistas habían dado su caso por perdido. Fue a Montreal a ver al hermano Andrés y éste le aplicó a los ojos una medalla de san José. Al día siguiente, veía bastante bien como para leer muchas páginas. La curación fue permanente hasta la muerte de este hombre algunos años después ⁸⁴.

El hermano Abundio tenía un primo, José Galarneau, de 45 años, en 1911. Cuarenta años más tarde declaró en el Proceso: Yo sufría del hígado. Los médicos no me podían mejorar. Oí hablar del hermano Andrés e hice el viaje a Montreal para verlo. Fui al Oratorio como todo el mundo. Al verme me dijo: “Viejo mentiroso, tú no tienes nada”. Regresé a mi casa contento con su respuesta, completamente curado y nunca más he sufrido después; y he comido todo lo que he querido y he trabajado mucho ⁸⁵.

Antonio Le Roux tenía tres hijas paralíticas que no podían caminar. Una de dos meses (Fleur-Ange), la otra de dos años y cuatro meses (Gabrielle), y yo (Margarita) de tres años y medio. Mi hermana de dos años y yo no podíamos caminar. El médico le había dicho a mi padre que se debía a un ataque de parálisis infantil. Mi padre iba al Oratorio y le contó al hermano Andrés sus penas. Él le pidió que trajera a una de las enfermas y mi papá me trajo a mí. El hermano me hizo pequeñas cruces en las piernas invocando a san José. Mi padre, mi madre y mi abuela, que estaban presentes, también rezaron. Algunos minutos más tarde, el hermano Andrés me hizo dar los primeros pasos y, de pronto, yo pude andar sin ayuda de nadie. Quince días más tarde, llevó a Gabrielle, pero esta vez fueron mi madre y otra abuela las que le hicieron las pequeñas cruces, invocando a san José y se curó. Nueve años más tarde se curó una tía que tenía reumatismo en las articulaciones, dándose frotaciones con la

⁸³ Sum 39.

⁸⁴ Sum 967-968.

⁸⁵ Catta 345-346.

*medalla y el aceite de san José. La tía Alexina hizo todo lo que le ordenó el hermano y en ocho días quedo curada*⁸⁶.

La señora Honoré Gagnon dio testimonio de su curación⁸⁷. Ella estaba muy enferma y tenía que cuidar seis hijos. Los médicos le exigían una operación urgente sin muchas esperanzas. Ella decidió ir a ver al hermano Andrés con su esposo, pero no resultó favorable. Continuó yendo una vez por semana durante diez meses. Al final, el hermano Andrés le dijo: “*Usted no sufre*”. “*Sí, respondí, yo sufro*”. El hermano le repitió lo mismo cinco o seis veces. Al regresar a su casa, se quitó los aparatos, que llevaba para caminar, y se dio cuenta de que estaba curada.

La señora Alberta Cardinal declaró el año 1914: *Mi hijo Henri estaba mal de la vista. El doctor del hospital me dijo que debía operarlo de urgencia. Yo le pregunté si podía garantizarle la vista. Me respondió: “No, sus ojos están acabados”. Yo tomé a mi hijo de dos años y medio y lo llevé al Oratorio. Se lo puse en los brazos al hermano Andrés. Él me dijo que no tenía ningún mal. Cierto, tenía los ojos vivos. No tenía ningún mal. Yo se lo agradecí a san José y al hermano Andrés. Y escribo esto bajo juramento*⁸⁸.

Oscar Morin afirma: *Mi hijo Guy de dos años tenía neumonía. El hermano vino a visitarlo y le frotó con su mano. El niño pudo dormir bien y no se resintió más de su mal. El doctor Leopoldo Derforges lo vio al día siguiente y dijo que estaba curado y que el hermano Andrés era más fuerte que él.*

*Mi hija Fernanda, con siete años de edad tuvo difteria doble. Después de ser atendida por tres médicos durante cinco meses, estando en cama, los doctores no podían comprender cómo podía seguir viva. Ella había sufrido de miocarditis y se curó. Ahora tiene una salud normal y trabaja. Mi esposa y yo atribuimos su curación al hermano Andrés, que vino a verla con frecuencia y rezaba por ella. Además nosotros, por su consejo, la frotábamos con la medalla de san José y con el aceite de san José*⁸⁹.

Y añade: *Un niño llamado Alfonso había tenido un accidente en la clase, donde había recibido tinta en los ojos, y quedó ciego. Se hizo tratar durante tres meses por los médicos del hospital Santa Justina, pero sin ningún resultado. Su padre lo llevó al hermano Andrés, quien recomendó hacer una novena en honor*

⁸⁶ Testimonio de Margarita Le Roux de junio de 1940. Su testimonio está en los archivos del arzobispado de Montreal, en el dossier referente al hermano Andrés.

⁸⁷ Su testimonio del 21-1-1944 se encuentra también en el dossier del arzobispado de Montreal referente al hermano Andrés.

⁸⁸ Testimonio publicado en los *Anales de San José* de diciembre de 1939; Catta p. 350.

⁸⁹ Sum 117.

*de san José. El último día de la novena, el niño comenzó a distinguir los bancos del Oratorio y continuó su mejora durante la semana siguiente. Se curó totalmente y ahora estudia en la Fraternidad sacerdotal de Roma, pues desea ser sacerdote. Yo lo he visto muchas veces antes y después de la curación y puedo constatar el hecho*⁹⁰.

*Igualmente el padre de Alfonso, el señor L'Esperance, que era bombero, tuvo una fractura en la pierna y no podía caminar sin un bastón. Después que el hermano Andrés lo visitó, no necesitó más el bastón y esto hace ya 24 años*⁹¹.

*Arturo Ganz relata lo siguiente: He conocido a la señora Roberta Bruhlmann. Sufría de cáncer al estómago. Su caso era desesperado. Llevaba tres años bajo cuidados médicos y sólo podía comer un huevo batido al día. Le hablé a su esposo del hermano Andrés, pero no era católico y no tenía confianza en el hermano. Quise hablar con la esposa y me di cuenta que ella ya había visitado al hermano. A las dos semanas de la visita, pudo comer tres huevos y después de dos meses podía comer de todo, porque ya estaba totalmente curada. Ella todavía vive. El hermano Andrés sólo le había aconsejado frotarse con la medalla y el aceite de san José*⁹².

*Otro caso. El señor Desgroseilliers tenía sus tres hijos de ocho, cinco y tres años con parálisis infantil. Un día se lamentaba conmigo de todo lo que costaban los tratamientos médicos. Yo le hablé de los niños al hermano Andrés y quiso verlos. Yo le acompañé. Le dijo a su padre: "No gaste más dinero con médicos. Lleve a sus hijos a una playa y frótelos con la medalla y el aceite de san José". Así lo hizo. A las dos semanas, yo vi al mayorcito salir de su casa caminando normalmente. El señor Claude me contó que los tres habían sido curados*⁹³.

*Adelardo Fabre dio el siguiente testimonio: Mi hija de seis años sufría de amígdalas cada primavera y cada otoño durante tres semanas o un mes con inflamación y fiebre. Habíamos consultado al doctor Carignan, quien nos derivó al cirujano doctor Gartierville que decidió operarla. Yo hablé del caso al hermano Andrés y me dio una medalla de san José y un poco de aceite para frotarla. Ese mismo día, al regresar a casa, mi esposa me dijo que la niña estaba mucho mejor, sin fiebre y sin inflamación. Se suspendió la operación programada y, desde entonces, y ya tiene 16 años, no ha sufrido más de las amígdalas*⁹⁴.

⁹⁰ Sum 119.

⁹¹ *Ibidem*.

⁹² Sum 462.

⁹³ *Ibidem*.

⁹⁴ Sum 327-328.

Lionel Maynard asegura: *El hermano Andrés me curó. Tenía tuberculosis a los huesos en la columna vertebral. Era el año 1926. Mi cuñado, el doctor Fulgence, me confió a un especialista, el doctor Marías Danford, que me envió al hospital por cuatro semanas, pero no hubo efecto positivo y salí caminando con ayuda de muletas y llevando un corset de yeso, reforzado con un corset de hierro. Yo sufría mucho. Avisaron al hermano Andrés y vino a verme. Me mandó levantarme y conseguí hacerlo con dolor. Después me ordenó dar algunos pasos con las muletas. A continuación me pidió las muletas y me hizo caminar sin ellas, y después correr, lo que hice sin ningún dolor ante la vista y las lágrimas de unas cien personas presentes. Una hora después, esa misma tarde, pude recitar el rosario de rodillas y sin apoyo. Yo doné mis muletas al Oratorio de San José*⁹⁵.

Otra curación atestiguada por Eusebio Viau: *Conozco el caso de curación de Agnes Leblanc, nuestra hija adoptiva. A los 18 años quedó sorda y ciega por causa de eczema. Los especialistas del hospital de Rhode Island, donde estuvo tres semanas en observación, la declararon incurable. Un año más tarde, el hermano Andrés llegó a casa y nos aseguró que ella vería. Poco a poco empezó a mejorar hasta poder leer y escribir con claridad. Ella atribuye la curación al hermano Andrés, quien la atribuye a san José*⁹⁶.

José Laurin declaró: *El señor Lamontagne vino a mi oficina para que le hiciera un monumento a san José en reconocimiento por el favor obtenido por medio del hermano Andrés. El doctor quería operarlo de un cáncer de estómago, pero él no quiso por considerarse demasiado viejo. Las hermanas del hospital de Buckingham le aconsejaron ir a visitar al hermano Andrés y se fue al Oratorio. El hermano le dijo: “Vamos a rezar por usted”. Y le frotó el pecho con su mano. Durante la noche, tuvo una breve crisis y se desmayó, vomitando sangre. Me dijo: “Cuando me desperté, ya no sentía nada. Estaba bien, como un hombre joven. Por eso quiero hacer ese monumento en honor de san José”. Esto me lo dijo hace ya 8 ó 10 años y creo que todavía vive*⁹⁷.

Arturo Saint Pierre cuenta: *El señor Martín Haunon era controlador de los fletes en los ferrocarriles de la compañía Canadian Pacific de Quebec. Tuvo un accidente de trabajo al caer sobre sus piernas unos bloques de mármol. Una de las piernas estaba terriblemente aplastada. Después de estar en el hospital de la “Preciosa sangre” de Quebec seis meses, regresó a casa con muletas y con inflamación e infección en ambos pies. Pasó otros cuatro meses en casa sin salir,*

⁹⁵ Sum 1005.

⁹⁶ Sum 1019-1020.

⁹⁷ Sum 1029-1030.

pero ya no era capaz de trabajar y pedía limosna en la puerta de la iglesia de San Patricio de Quebec. El accidente había ocurrido en octubre de 1908. El 9 de enero de 1910 fue al Oratorio a ver al hermano Andrés; y con sólo que el hermano le tocara los pies, quedaron curados instantáneamente. Regresó a su casa sin las muletas, que dejó en el Oratorio. Los periódicos, en especial “La Patrie” del 10 de enero, le dieron mucha publicidad a este caso que fue certificado por el mismo enfermo, por su familia y por sus compañeros de trabajo. El mismo médico que lo trató, el doctor Dagneau, también lo certificó⁹⁸.

Domingo Cormier relata: Una tarde vino a cenar a mi casa el hermano Andrés. Al subir al coche para regresar a casa, vimos a un hombre que caminaba con dificultad con dos muletas. El hermano me dijo: “Aproxímate a la acera”. Entonces le preguntó al hombre: “¿De qué sufres?”. El hombre respondió que, a raíz de un accidente de automóvil, había pasado dos meses en el hospital y que el médico le había enviado a casa sin poder arreglarle la cadera y debía caminar con muletas. El hermano le dijo: “Deja tus muletas y camina”. El hombre estaba temeroso, pero se arriesgó y caminó sin apoyo, aunque con dificultad al principio. El hermano le pidió que regresara sobre sus pasos, lo que hizo mejor. Al preguntarle cómo se encontraba, respondió que mejor... El hermano le pidió que fuera al día siguiente al Oratorio y llevara sus muletas para agradecer a san José⁹⁹.

Azarías Claude anota: Un hombre de unos cuarenta años tenía una fractura en la columna vertebral a la altura de los riñones y llevaba un corset metálico. El hermano Andrés le hizo venir al Oratorio y le propuso quitarse el corset. El hermano vio la fractura y comenzó a lavarle las llagas de donde salía pus. Le invitó a pasar dos semanas en su habitación y el enfermo aceptó. Cada día el hermano Andrés le lavaba las llagas y le frotaba varias veces. Poco a poco se iba sintiendo mejor y, después de dos o tres semanas, pudo caminar sin dificultad y reemprender su trabajo. Los médicos que lo habían atendido durante varios años, lo consideraban incurable. Su nombre de familia era Ménard y venía muchas veces al Oratorio, donde yo lo he visto y me ha contado su curación¹⁰⁰.

Emilio Gadbois asegura: Mi esposa Elisa Chevrier tuvo una neumonía doble, cuando estaba encinta. El doctor Gariépy que la atendía me advirtió que estaba en estado crítico y que había que tomar una decisión. La vida de la madre y del niño estaban en juego y no veía otra solución que hacer cesárea para

⁹⁸ Sum 668-669.

⁹⁹ Sum 353-354.

¹⁰⁰ Sum 209.

conservar la vida de la madre, aunque se perdiera el niño. Yo le dije que consultaría al hermano Andrés. Él por su parte consultaría al mejor especialista inglés del hospital Victoria, al doctor Dunstan Grey, quien le contestó que, sin operación, el 94% de los casos morían la madre y el niño; y con operación habría la posibilidad de salvar a la madre o al niño.

Yo consulté al hermano Andrés sobre lo que decían los médicos y él me aconsejó no hacer la operación y dejar hacer la voluntad de Dios. Y al fin del embarazo nació el niño. Los dos, madre y niño, estaban salvados y los dos viven aún ¹⁰¹.

El señor Corbeil refiere: Un sábado en la tarde vino el hermano Andrés a mi tienda y me pidió acompañarlo a casa del señor Cormier, que sufría de mastoiditis y de la garganta, estando casi sordo. El hermano le frotó en la garganta y detrás de su oreja y, cuando le hablaba, le oía todo. El lunes siguiente el señor Cormier fue al hospital y el doctor le dijo que no era necesario operarlo, porque estaba curado ¹⁰².

Otro día una jovencita de doce años, que estaba ciega y coja, fue a visitar al hermano, quien le aconsejó dejar sus muletas e ir al Oratorio a rezar. Ella fue y, al salir, veía bien. Yo llegué unos minutos más tarde y los testigos me contaron el hecho ¹⁰³.

El doctor Zenón Lesage tenía las piernas hinchadas y no podía caminar si no era con muletas. Él fue a ver al hermano Andrés con otros médicos, que no creían en el poder del hermano. El doctor Zenón subió solo al Oratorio mientras los otros se quedaron abajo; y regresó llevando las muletas en su brazo ¹⁰⁴.

Domingo Cormier atestigua: Desde hacía dos años sufría de tiempo en tiempo dolores de cabeza. Como mecánico, debía reparar camiones de la compañía donde trabajaba a la intemperie. Un día, después de una fuerte gripe, tuve fuertes dolores de cabeza y mis orejas destilaban. El médico de la compañía me hizo llevar al hospital general de Montreal, donde estuve tres semanas haciéndome exámenes. Después de ser consultados cuatro especialistas, fue decidido que me operarían al día siguiente por mastoiditis en ambas orejas. Yo no oía nada, aunque me gritaran. La operación dijeron que era urgente por temor a una meningitis. Yo decidí ese mismo día ir a ver al hermano Andrés al Oratorio. El hermano me dijo: “San José te va a operar”. Me frotó la cabeza y las orejas durante una hora y media. Descansó y volvió a frotarme otra media

¹⁰¹ Sum 246-247.

¹⁰² Sum 93.

¹⁰³ Ibídem.

¹⁰⁴ Sum 95.

hora. Entonces le dijo a mi cuñado, el señor Pichette: “Él se va a curar”. Yo lo oí bien, a pesar de que no lo había dicho en voz alta.

El hermano Andrés indicó a mi cuñado que me llevara a un buen especialista. El doctor Lemoine me examinó ese mismo día, manifestando que todo estaba bien. Al salir del doctor Lemoine volvimos a ver al hermano Andrés, quien sonriendo me dijo: “Vayan a la capilla a agradecer a san José”¹⁰⁵.

Sor Leblanc recuerda: La señora Gosselin me pidió acompañarla a visitar al hermano Andrés, porque tenía a su hijo Silvio, de once o doce años, que tenía mala circulación de la sangre y siempre tenía sus pies y manos helados. Yo la acompañé y me retiré a rezar a la capilla. El hermano frotó al niño en sus manos, pies y columna vertebral y obtuvo mejor circulación. Sus manos y pies recobraron el calor normal. Esto sucedió en 1933.

También la señora Gosselin sufría de fuertes dolores de cabeza y, al llevar a su hijo, tenía la esperanza de tocar al hermano para que, a su contacto, se le fueran los males de cabeza. Ella me confesó que consiguió tocarlo como si fuera sin intención y que sus males desaparecieron. Desde entonces, jamás ha tenido esos fuertes dolores que le venían frecuentemente y no tuvo que recurrir más al bromuro y a otras medicinas que tomaba¹⁰⁶.

El padre Cousineau dice: Un caso extraordinario sucedió a mi sobrino en 1933. Jugando con fósforos, se hizo una quemadura profunda en el costado, que iba desde la espalda hasta la pelvis y se extendía por una cuarta parte de la espalda. El niño tenía cinco años y fue llevado al hospital “Nuestra Señora de la Esperanza” de Saint Laurent. Yo visité al niño, que sufría mucho y no podía soportar los apósitos que le colocaban. Hice que el hermano Andrés lo visitara y le frotó largo tiempo sus llagas sin que gritara ni llorara. El hermano le dijo al niño: “No tengas miedo, te vas a curar”. El niño, Andrés Tremblay, se curó a pesar de que su caso se consideraba desesperado¹⁰⁷.

El señor Gadbois anota un caso personal: Yo he obtenido la curación de una angina de pecho en 1933 por medio del hermano Andrés. Estaba bajo el cuidado del doctor Gariépy. Tenía fuertes dolores de estómago y una sensación de ahogo, que me impedía frecuentar los lugares donde hubiera mucha gente. Los médicos me ordenaron un reposo obligatorio, pero no me decidía a tomarlo, debido a que tenía mucho trabajo y no era fácil hacerme reemplazar. Un día

¹⁰⁵ Sum 350-351.

¹⁰⁶ Sum 631-632.

¹⁰⁷ Sum 392.

perdí el conocimiento al volante de mi coche y debí tomar un reposo de mes y medio.

Consulté al hermano Andrés y me hizo rezar a san José, a la vez que venía a darme algunas frotaciones. Durante dos años continuó con las frotaciones hasta que un buen día me dijo: “Hoy me llevo tu engin (tu máquina), como si dijera angine (angina) y, desde ese día, nunca más tuve la sensación de ahogo y puedo ir a cualquier lugar público sin sentir incomodidad”¹⁰⁸.

Otra curación fue la de mi suegra, la señora Chevrier, que tenía las dos rodillas anquilosadas y caminaba muy difícilmente y no se podía poner de rodillas ni bajar escaleras sin ayuda. Un día vino el hermano Andrés a mi casa y vio a mi suegra. Recuerdo que habló por extenso de la pasión de nuestro Señor por tres cuartos de hora.

Después le dijo a mi suegra: “Póngase de rodillas”. Ella contestó que no podía. Él insistió y ella pudo doblar la rodilla y después subir y bajar la escalera. Desde entonces, nunca más mostró signos de anquilosamiento”¹⁰⁹.

Veamos un relato de Moisés Robert: Hacia 1926-1927, mi hijo Raymond, de diez años, estaba enfermo. El médico de la familia, Daniel Plouffe, mandó hacerle una radiografía, donde vio que los dos pulmones estaban llenos de pus por la tuberculosis. El mismo día llamé al hermano Andrés, que vino a mi casa a visitar a mi hijo. Él me pidió hacer una procesión con la imagen de san José por toda la casa y le encargó a la enfermera llevar la imagen. Al regresar al Oratorio, el hermano me declaró que la enfermera era poco devota y debía reemplazarla. Así lo hicimos al día siguiente. También me dijo que mandara hacer otra radiografía al niño. El doctor Plouffe pensó que era inútil, dado que hacía un día que había sido tomada la anterior. Me dijo: “Si quiere tirar al agua 16 dólares, que es lo que cuesta la radiografía, es su problema”. Al hacerle la segunda radiografía, se vio que los dos pulmones estaban totalmente limpios. Después de una semana en casa, el niño recobró la vida normal. Cuando este niño era jovencito, con ocasión de una operación, el doctor Plouffe manifestó que no llegaría a los 18 años por su débil constitución; pero mi hijo ya tiene 30 años y, a pesar de su débil salud, está casado y tiene dos hijos”¹¹⁰.

Otro relato de José Pichette: En 1911 ó 1912 oí por primera vez hablar del hermano Andrés. Una señora Lucas, que había venido a mi tienda, me contó que había tenido un cáncer en el brazo y había ido a ver al hermano, quien le había

¹⁰⁸ Sum 248.

¹⁰⁹ Sum 249.

¹¹⁰ Sum 733-734.

indicado frotarse el brazo con la medalla de san José y poner un poco de aceite de san José en el brazo, y beber algunas gotas de ese aceite. Y así se curó, recomendándome ir a visitarlo ¹¹¹.

Entonces yo me decidí ir a visitarlo para contarle mi enfermedad... A mi esposa le había recomendado que se consiguiera una medalla de san José y un poco de aceite del mismo para que me frotara y me hiciera beber unas gotas del aceite... Yo sufría de la garganta, del estómago y echaba sangre. Fui a verlo unas cien veces el primer año... No digería nada, mis riñones e intestinos funcionaban poco. El doctor Aubry me dijo que me daba un año de vida para prepararme al gran viaje (a la eternidad), añadiendo que ningún médico podía hacer nada. Yo le hablé del hermano Andrés y él me dijo que era un hombre sin instrucción, a quien llamaban el “viejo loco”.

Al hermano Andrés le conté lo que había dicho el doctor... Él me preguntó si quería ir a vivir con él y dormir en su habitación en la pequeña capilla. Acepté. Durante los nueve días que permanecí en el Oratorio, no hubo ningún cambio. El hermano me frotaba con su mano dos o tres veces por día. El noveno día me había frotado desde las once y media de la mañana hasta las dos y media de la mañana, porque no mejoraba. Éramos tres los que dormíamos en la habitación. El hermano, en un colchón en el suelo.

A las cuatro y cuarto, el reloj lo despertó y se levantó; y nosotros también. Al mediodía regresó para comer. Tomó un gran plato y lo llenó de comida, me lo dio y me dijo que lo comiera a pesar de mis protestas. Yo le dije: “Si usted me lo dice, lo voy a comer”. Cuando terminamos la comida, yo me sentía muy bien y la tarde la pasé sin dolores. En la noche me dio la misma comida, pero la mitad, y yo me dormí hasta la mañana.

Me sugirió que podía irme a mi casa y me fui en el tranvía. Era un día de mucho calor, en agosto. Cuando mi primo me vio llegar, su familia y mi esposa estaban con él. Mi esposa lloró y yo la consolé diciendo que estaba curado. Me ofrecieron una sopa de guisantes y me la comí sin sentir ningún malestar. Esto ocurrió hace 30 años y he estado trabajando en mi tienda 25 años después...

El hermano Andrés me ha curado otra vez. Tenía un cáncer en el pulgar derecho donde había una herida de la que salía sangre. Me puse un paño para contener la sangre, pero durante quince días la sangre salía cada vez que yo apretaba algo. El doctor Rouleau me examinó y me dijo que era un cáncer y me indicó que debía ir al hospital y ver al doctor Ponneton, que curaba con rayos X. Este doctor también confirmó que era cáncer y me ofreció aplicarme rayos

¹¹¹ Sum 22.

ultravioletas. Durante su aplicación, me sentí débil; me hizo acostar y decidió llevarme él mismo a mi casa en automóvil. A partir de este tratamiento, comencé a sufrir. El mal progresaba, el pulgar se inflamaba... Fui a ver al hermano Andrés, que me frotó con la medalla y me pidió que yo continuara la frotación. Parecía que no hacía efecto. El mal progresaba cada día.

El 8 de diciembre hacía algunas noches que no podía dormir y fui a ver de nuevo al hermano. Le dije: “Nunca he estado tan mal”. Él me hizo ponerme un paño blanco sobre la herida y me frotó durante cinco o seis minutos. Después me indicó que con eso sería suficiente. Levantó el paño y mi pulgar estaba normal. Sólo quedaba un punto negro. Me dijo: “Eso no es nada” Rascó con la uña y salió el punto negro con dos o tres gotas de sangre. Frotó de nuevo mi pulgar y todo quedó curado¹¹².

Mi esposa fue curada dos veces por el hermano Andrés. Ella sufría siempre de los intestinos. Un día ella debió guardar cama. El médico explicó que el riñón estaba pegado con el intestino. No pudo dormir durante nueve semanas. Muchos médicos fueron llamados a consulta. Él último me pidió que, después de muerta, le permitiera hacerle la autopsia. Cuando le dije que eso no era muy reconfortante, me respondió que él no resucitaba muertos. El nombre de su enfermedad era enteritis muco-membranosa.

Durante esas nueve semanas, yo fui varias veces a ver al hermano Andrés, quien me aseguraba que rezaba por mi esposa. El día que el médico me dio aquella respuesta, me pidió que comenzara una novena a san José. La primera noche de la novena mi esposa pudo dormir y su estado comenzó a mejorar de día en día. Cuando le anuncié al hermano Andrés que mi esposa estaba mejor, me respondió que, cuando san José quería, la curación se hacía realidad. Otra vez mi esposa estuvo enferma, porque no podía comer. Sufría del estómago y de los intestinos. Era por el año 1930 ó 1931. El mismo día que vino el médico, llegó a mi casa a cenar el hermano Andrés e hizo sentar a mi esposa a la mesa. Después de cenar, contó la pasión del Señor de una manera emocionante. Después le preguntó a mi esposa cómo estaba. Ella respondió que no sentía ningún dolor y, a petición del hermano, comió un poco y se encontró mejor. Se sintió más fuerte y ya no sufría dolores al comer¹¹³.

Arturo Saint Pierre nos dice: Visité en 1922 a un bombero inglés protestante llamado Standhope, que había tenido un accidente y había sido herido gravemente el 5 de abril de 1916. Tuvo que estar cinco semanas en el hospital Western de Montreal y, al salir, tenía que caminar con muletas debido a

¹¹² Sum 26-27.

¹¹³ Sum 28-29.

una llaga supurante. Después de un tiempo, pudo andar sin muletas, pero con un dolor agudo ya que la llaga no se curaba nunca. Como era pobre, tuvo que comenzar a trabajar, a pesar de su pie enfermo. Su trabajo consistía en el mantenimiento de una pequeña cabaña de diez pies cuadrados, lo que le permitía estar casi todo el día sentado o acostado.

Sus amigos católicos le aconsejaron ir al Oratorio a ver al hermano Andrés. Él dudó mucho tiempo, porque era protestante y creía poco en milagros. Sin embargo, un buen día se decidió y subió penosamente el camino del Oratorio. El hermano Andrés tocó su pie enfermo y, en ese momento, se sintió curado y el pie quedó normal. Él me dijo: “Nadie sabrá nunca de cuántos sufrimientos me he librado”.

Me declaró que no había regresado más al Oratorio ni visto de nuevo al hermano Andrés. Pero su esposa me dijo que ella sí había ido muchas veces a raíz de la curación de su esposo y estaba muy impresionada por la fe católica. No sé si finalmente se convirtió a nuestra fe ¹¹⁴.

Moisés Robert informa: En el año 1923-1924 yo estaba gravemente enfermo. Según el doctor Daniel Plouffe, debía morir de peritonitis la última noche que me vio. El señor Azarías Claude trajo a mi casa al hermano Andrés. Yo estaba inconsciente desde hacía tres días. Hacía media hora que la enfermera me había tomado la fiebre y era muy alta. El hermano me tomó la mano y la sacudió, diciendo: “¿Cómo está?”. Yo respondí con un gemido. Por segunda vez me dijo: “¿Qué tal?”. Respondí: “Mal”. La tercera vez me dijo: “Ya está mejor”. En ese momento sentí una mejoría, como si un gran peso saliera de mi cerebro y descendiera por la espalda a lo largo del cuerpo y saliera por los pies. Me sentía mejor. Le pregunté: “¿Podré dormir?”. “Sí, me contestó, y mañana por la mañana vendrás a verme al Oratorio”. “¿Seré capaz de ir?”. “Si no está enfermo, ¿quién se lo va a impedir?”.

Al irse el hermano Andrés, la enfermera me tomó la temperatura y era normal. Telefoné al médico, quien dijo que eso era señal de que iba a morir. El médico llegó a la casa y volvió a tomar la temperatura y era normal. Recuerdo que me dormí en presencia del doctor hasta las nueve y media de la mañana del día siguiente, cuando llegó el señor Claude para despertarme e ir con él al Oratorio. Al verme el hermano Andrés, dijo: “¿Tiene un medalla de san José?”. Al responderle que no, me indicó ir a comprar una y después ir a la capilla a rezar y agradecer a san José. Al regresar a verlo, me dijo que podía comer de todo. Al llegar a casa quise comer sopa, pero me lo prohibió la enfermera. Me acosté y, cuando la enfermera se tomó un poco de reposo, me levanté, fui a la

¹¹⁴ Sum 665-666.

*cocina y me comí tres platos de sopa con tomate. En el tercer plato entró la enfermera y se sorprendió de verme comer. Telefoneó al médico, quien dijo: “Si quiere morir, déjelo que lo haga”. Pero no sentí ningún malestar. Por la tarde comí con todos en la mesa y me sentó muy bien la comida. Nunca más he sentido malestar en el apéndice. El doctor Plouffe me confesó que, como médico, curaba con medicinas, pero que el hermano Andrés lo hacía con milagros*¹¹⁵.

Enrique Bessette, sobrino del hermano, refiere: *En Moosup, Connecticut, Estados Unidos, vivía el señor Johnson, católico, hermano de mi esposa. Él estaba gravemente enfermo con cirrosis hepática. Era el mes de septiembre de 1933. Después de estar en el hospital, empezó a hincharse y tenían que sacarle líquido del cuerpo. Al final, cayó en coma y, según la opinión de los médicos, debía morir aquella misma noche.*

*Al día siguiente, llegó el hermano Andrés a visitarlo y le frotó la cabeza con una medalla de san José, recomendando a toda la familia rezar a san José. Comenzó a mejorar desde ese día y en la primavera de 1936 estaba mejor que nunca y trabajaba con buena salud. El doctor Gorcha que lo atendía, no podía comprender su curación*¹¹⁶.

Arturo Gantz anota: *Yo he sido testigo del caso siguiente. Un hombre de 28 años sufría de gangrena en una pierna y estaba en el hospital “Notre Dame” de Montreal. Tenía la pierna de un color azul. El hermano Andrés lo visitó y el joven le dijo que al día siguiente le iban a cortar la pierna. El hermano le aconsejó que al día siguiente pagara la cuenta del hospital y se fuera a su casa y se frotara con la medalla y el aceite de san José. Así lo hizo y, cinco semanas más tarde, lo volví a ver en el Oratorio, donde me mostró la pierna totalmente normal. Este caso sucedió el año 1935*¹¹⁷.

El padre Coderre recuerda otro hecho. *Un sacerdote, llamado Mc Canliff, sufría de anquilosamiento de una rodilla. Vino al Oratorio a ver al hermano Andrés y le contó su caso. El hermano le dijo de golpe: “Su rodilla está bien. A ver, levántela y haga la genuflexión”; lo que él hizo sin dificultad. Estaba curado. El padre Mc Canliff vino a cenar al comedor del colegio y nos contó a toda la comunidad este suceso e hizo delante de todos una genuflexión perfecta sin apoyo. Yo fui testigo*¹¹⁸.

Testimonio de Arturo Saint Pierre: *El año 1925 ó 1926 fui testigo del siguiente caso. Cuando llegué a la sala de espera de la oficina del hermano*

¹¹⁵ Sum 721-722.

¹¹⁶ Sum 954.

¹¹⁷ Sum 474.

¹¹⁸ Sum 184-185.

Andrés en el Oratorio, había unas ocho a diez personas. Una de ellas exclamó: “Si él se sana, será un verdadero milagro”. Yo pregunté qué pasaba y me dijeron que había llegado un enfermo que estaba todo encogido. Al poco rato vi al enfermo en cuestión salir de la oficina del hermano bien derecho, acompañado de cinco o seis personas. Entre ellas había un comerciante que yo conocía y me dijo que el joven hombre estaba casado desde hacía dos años y que, poco después de su matrimonio, había quedado incapaz de caminar. Como le habían quitado los zapatos, su esposa quiso ponérselos y él dijo: “Déjame a mí. Ahora soy capaz de ponérmelos yo solo”.

*Entré en la oficina del hermano Andrés y tenía el rostro emocionado y lágrimas en los ojos. Es la única vez que lo he visto tan emocionado, pues normalmente estaba tranquilo y como impasible*¹¹⁹.

Sor Leblanc manifiesta: En 1927 hubo una epidemia de fiebre tifoidea en Montreal y muchos enfermos fueron llevados al hospital del Sagrado Corazón donde yo trabajaba. Eran tantos los enfermos que tuvimos que poner camas complementarias por todas partes y la fiebre era tan maligna que muchos morían. Cuatro de las religiosas también se contagiaron, cuidando a los enfermos. La Superiora me envió a ver al hermano Andrés para que Dios protegiera a las religiosas de la epidemia. El hermano me escuchó y me dijo: “El buen Dios les ha dado su protección y ninguna otra sea contagiada por la epidemia”. Y añadió: “Preparen en el centro del hospital un altar y coloquen la imagen de la Virgen de los Dolores, decorando el altar con flores. Oren y canten en honor de Nuestra Señora, hagan una procesión el miércoles por todo el hospital, rezando el rosario de Nuestra Señora de los Siete Dolores con gran fervor. Al regresar de la procesión, tengan la bendición con el Santísimo Sacramento.

*Al miércoles siguiente, que se decore el altar y se coloque la imagen de san José y se haga una procesión con su imagen, cantando y rezando seguido de la bendición con el Santísimo. Las hermanas, que hagan visitas fervientes al Santísimo; y recen el Viacrucis. Las hermanas contagiadas se van a curar y ninguna otra se contagiará”. Así se hizo y las hermanas fueron preservadas milagrosamente por intercesión del hermano Andrés*¹²⁰.

El señor Gadbois narra un suceso: Sucedió en mi farmacia. Una joven de 25 años, la señorita Dussault, sufría una enfermedad nerviosa que le hacía temblar y agitar todos sus miembros. Ella caminaba con bastón. Con ocasión de una visita del hermano Andrés a mi casa, vino la joven a visitarlo. Caminaba

¹¹⁹ Sum 664.

¹²⁰ Sum 634-635.

con bastón, sostenida por su hermano y su hermana. El hermano le aconsejó rezar una novena a san José y frotarse con la medalla del mismo.

Después le preguntó: “¿Cómo estás?”. Ella respondió: “Me siento mejor”. Y el hermano le dijo: “Dame tu bastón y camina”. La joven lo hizo y el hermano Andrés le manifestó: “No tienes necesidad de bastón; yo lo llevo para guardarlo en el Oratorio”. La joven dejó la farmacia caminando sin ayuda ¹²¹.

También fue testigo de otro caso: Un niño de seis años, atacado de meningitis muy grave, estaba desahuciado por los médicos y estaba ya inconsciente. Hablé del caso al hermano Andrés y él fue a visitar al niño. Lo acompañé hasta la habitación. El hermano lo frotó, después se puso de rodillas, rezó algunas oraciones y pidió a los presentes rezar con él. El niño, poco a poco, recobró los sentidos y se sanó. El niño se llama Tomás Bertrand y vive aún ¹²².

Otro caso. El hijo, de año y medio, de mi cuñada Emilia Menard sufría de eczema por todo su cuerpo desde su nacimiento. El hermano Andrés le aconsejó aplicarle aceite de san José al cuerpo del bebé y, desde el primer momento, desapareció el eczema ¹²³.

El padre Cousineau da su palabra del siguiente hecho: El señor Adelardo Gobdout, hoy primer ministro de la provincia de Quebec, me contó él mismo en 1938, con ocasión del Congreso eucarístico nacional de Quebec que, cuando era joven, debía hospitalizarse para operarse el día siguiente de la rótula de la rodilla. Su hermana le aconsejó ir primero a visitar al hermano Andrés, antes de entrar el hospital. Dijo: “El hermano Andrés me recibió como a los otros y me pidió frotarme con la medalla y el aceite de san José y hacer una novena en honor de san José”. Yo le respondí que al día siguiente debía ser operado. Él me dijo: “Cuando uno está bien, no necesita ir al hospital”. Le agradecí y me despedí. Pude descender del Oratorio sin dificultad y, desde entonces, nunca más he sufrido de la rótula ¹²⁴.

Cada vez que el hermano Andrés decía a alguien que no se operara, si se operaba, moría el enfermo. Si por el contrario decía que se opere, siempre salía bien de ella. Él decía que muchos enfermos no se sanaban, porque les faltaba disposición: No oraban suficiente o no observaban lo que les decía o no llevaban una vida de acuerdo a la moral cristiana ¹²⁵.

¹²¹ Sum 252.

¹²² Ibídem.

¹²³ Sum 253.

¹²⁴ Sum 390-391.

¹²⁵ Sum 40-41.

Cuando el hermano Andrés contaba alguna curación decía: “¡Qué bueno es Dios! Estas curaciones hacen bien a la persona curada y a los que oigan hablar de su curación. Esto aumenta la fe”. Se tenía la impresión que curaba los cuerpos para sanar las almas. Siempre recomendaba la oración perseverante ¹²⁶.

Arturo Saint Pierre declaró: *El señor Arturo Rochette, empleado de los ferrocarriles en Richmond, tuvo un accidente quedando su pie derecho triturado por las ruedas de un vagón de tren el 3 de mayo de 1912. Estuvo cinco o seis semanas en el hospital general de Montreal. Los médicos le aconsejaron la amputación de su pie para salvar su vida, debido a la gangrena. Un amigo le aconsejó ir a ver al hermano Andrés al Oratorio y el hermano le aconsejó hacer una novena a san José y frotarse con la medalla y el aceite de san José. Así lo hizo, en unión con sus familiares, y encontró mejoría.*

En el mes de agosto de ese año decidió regresar al Oratorio, ya que los médicos insistían en la amputación. Hizo oraciones a san José y regresó a casa sin estar plenamente curado, pero, a partir de ese momento, dejó todo tratamiento médico, lavándose el pie con agua tibia y siguió frotándose con el aceite de san José sobre sus llagas. A mediados de septiembre de ese año 1912 regresó otra vez al Oratorio y se sintió perfectamente curado. Diez años más tarde me contó estos hechos, juzgando que su curación había sido milagrosa ¹²⁷.

José Pichette testifica: *En el mes de agosto de 1918 llegó una peregrinación muy numerosa de Estados Unidos al Oratorio. Yo vi a un hombre hablar al hermano Andrés y a él acercarse a una de las siete ambulancias. Había un hombre atado en una camilla. El hermano dijo: “Desátenlo y él irá a comer sin más”. El hermano se retiró. Desataron al enfermo de la camilla, se levantó y se puso a caminar. Estaba curado. Fue una explosión de alegría entre todos los asistentes ¹²⁸.*

Durante 30 años que he frecuentado el Oratorio, he visto centenares de curaciones, quizás hasta mil. Además de las curaciones, puedo certificar haber encaminado mucha gente al Oratorio y que todos, si no se han curado, al menos han regresado muy contentos ¹²⁹.

SU MUERTE

¹²⁶ Sum 41.

¹²⁷ Sum 667-668.

¹²⁸ Sum 40.

¹²⁹ *Ibíd.*

Su última enfermedad comenzó con una aguda crisis de gastritis que lo llevó progresivamente a una parálisis general. El 27 de diciembre de 1936 el hermano Andrés se sintió mal. Parecía una simple gripe. El doctor Lamy le aconsejó guardar cama. El padre Superior pidió al hermano Plácido que le hiciera compañía en sus momentos libres. Pero la enfermedad era más grave de lo supuesto. El enfermo temblaba y parecía sufrir, aunque no se quejaba. En algunas ocasiones pedía que le frotaran el pecho con una medalla de san José para sentir alivio. El hermano Plácido lo acompañaba de día y de noche.

En la noche del 30 al 31 de diciembre, en un momento en que había salido el hermano Plácido, tocó la campanilla. Su vecino, el padre Courtemanche, acudió. El hermano le dijo: *Tengo frío*. Otra segunda vez tocó la campanilla: *Mi pierna derecha parece estar en el polo norte*. El padre Courtemanche le frotó con la medalla de san José. El hermano le dijo: *San José tendrá cuidado de su viejo perrito*.

Pero el enfermo no mejoraba. El médico aconsejó al Superior internarlo en el hospital. Al comunicárselo al hermano, respondió: *Es un buen lugar para morir*. El día de Año Nuevo estaba muy fatigado. Ese mismo día una hermana de la Sagrada Familia se había roto un brazo en el colegio *Notre Dame* al resbalar sobre la nieve. El hermano dijo: *Ya se sanará*. Y el brazo se sanó sin más remedios. Las hermanas del colegio se esmeraron en atenderlo antes de llevarlo al hospital.

*Y lo llevaron al hospital bien vestido, como si fuera a misa, en una camilla. Lo llevaron entrada ya la noche para que pasara desapercibido. Le habían amarrado las manos con correas. Él le pidió al hermano Plácido desatárselas un poco. Fue la única queja, según el hermano Plácido, que se le oyó en todo el curso de su última enfermedad*¹³⁰.

El padre Cousineau vino a verlo al día siguiente, primero de enero. Le preguntó si sufría y respondió: *Sí sufro, pero agradezco a Dios de concederme la gracia del sufrimiento, del que tengo necesidad. ¿Puedo pedirle algo? Rece por mi conversión. La enfermedad es una cosa buena, pues nos ayuda a reconsiderar la vida pasada y a reparar lo malo con el arrepentimiento y el sufrimiento*¹³¹. *No se piensa suficientemente en la muerte*¹³².

El médico vio que estaba empeorando y mandó que le colocaran oxígeno. El hermano pidió que no le pusieran calmantes. Después de una inyección,

¹³⁰ Sum 617.

¹³¹ Sum 422.

¹³² Sum 428.

durmió más de una hora y, al despertar, se quejó al médico: “*Creo que la hermana me ha puesto un calmante. No se puede uno fiar de las hermanas*”. Lo dijo sonriendo. A partir de ese momento, no le aplicaron más calmantes, porque no quería perder los méritos de los sufrimientos¹³³.

El problema era darle de comer. Sor Camila le preguntó: *¿Qué le podemos preparar?* El respondió: *Agua con harina y sal*. Esa era su receta de siempre para sus males de estómago, que no podía soportar otras cosas. Sor Camila refiere que decía: “*Mi Dios, estoy sufriendo*”. “*El cielo es tan bello, vale la pena prepararse*”. Y decía que confiaba más en las oraciones que en las píldoras o en los médicos¹³⁴.

Leopoldo Lussier lo afeitaba por las mañanas, pero el hermano se preocupó de que las religiosas no se guardaran sus pelos. Ya había tenido experiencia hacía varios años que la lavandera se quedaba con algunos de sus pañuelos, lo que hizo que tuviera que lavarse la ropa para que no se guardaran alguna cosa como reliquia.

El dos de enero el hermano manifestó que su brazo derecho estaba mal. El doctor Lamy, su médico y amigo personal, regresó de viaje y lo visitó. Lo encontró muy fatigado y sufriendo mucho de la espalda derecha y del brazo derecho. El día tres dijo: *El Todopoderoso viene*¹³⁵. En la noche le pidió a sor Filomena: *Tome una medalla de san José y fróteme fuerte sobre la ropa*. Después añadió: *Es extraño, no siento nada. Cuando yo me frotaba, siempre me encontraba mejor. Mi brazo es comunista, me quiere y me hace sufrir*¹³⁶.

El cuatro de enero los síntomas fueron más alarmantes: el brazo estaba completamente inmóvil. El señor Pablo Corbeil lo visitó y lo encontró en calma con el rosario en la mano.

Habló del Oratorio y manifestó a la hermana María de la Presentación: *Usted no sabe todo el bien que el buen Dios puede hacer en el Oratorio... Cuántos males hay en el mundo... Habría sido necesario que yo hubiera sido abogado, médico, sacerdote... pero el buen Dios me ayudó. ¡Vea el poder del buen Dios! ¡Qué bueno es el buen Dios!*

Según dice el padre Cousineau, *el hermano Andrés tenía un gran amor por el Papa. En noviembre de 1936 ofreció su vida por el Papa como me lo aseguró el señor Claude. En su lecho de muerte me pidió dos o tres veces*

¹³³ Sum 569.

¹³⁴ Sum 571.

¹³⁵ Sum 429.

¹³⁶ Sum 428.

noticias sobre la salud del Papa. El 19 de noviembre de 1938, durante una audiencia privada, hice conocer al Papa Pío XI que el hermano Andrés había ofrecido su vida por él. El Papa me dijo: “Se lo agradecemos y le rezaremos. Si podemos hacer algo por él, seremos felices de hacerlo”¹³⁷.

*En su lecho de muerte, el hermano Andrés, según testimonio de sor María de la Presentación, también ofreció sus sufrimientos por la liberación de España del comunismo*¹³⁸.

En la noche del día cuatro, rezando el rosario, surgió de sus labios una oración a María: *Oh María, dulce Madre y Madre de mi Salvador, protégeme y socórreme*. Se detuvo un momento y continuó: *San José...* (y dijo algo ininteligible). Y poco a poco cayó en un sueño comatoso. Estaba en coma. El padre Cousineau a las ocho de la mañana del día cinco le administró la unción de los enfermos y la absolución sacramental bajo condición. Muchos amigos llegaron a visitarlo. Todos querían contemplarlo en ese estado de coma. Sus hermanos religiosos estaban permanentemente a su cabecera y se relevaban de dos en dos horas. En toda la ciudad se elevaban oraciones a Dios por él. Durante todo el día cinco se fue empeorando. A medianoche tres espasmos. Su amigo José Pichette acercó a sus labios el crucifijo. Y vino la muerte en un suspiro imperceptible. Eran las doce de la noche y cincuenta minutos. Era ya el día seis de enero de 1937, fiesta de la Epifanía. Tenía 91 años y cinco meses.

Los médicos certificaron su muerte. Los presentes rezaron un *De profundis*, como se acostumbra por los difuntos y, después, entonaron como acción de gracias el *Te Deum*. Todos se retiraron y las hermanas, en compañía de un religioso y del doctor Lamy, procedieron a amortajarlo sin embalsamarlo. Su rostro quedó con una paz y tranquilidad muy grandes. *Jamás lo había visto tan hermoso*, declaró el hermano Plácido¹³⁹.

Se mandó traer un profesional para que sacara una máscara en yeso. El doctor Lamy y el doctor Ripelle fueron encargados de sacarle el corazón para guardarlo como reliquia. Dice sor Camila: *Le extrajeron el corazón, lo lavaron con alcohol, lo depositaron en un tarro con alcohol y lo depositaron en la habitación de la Superiora, donde estuvo hasta que llegaron a buscarlo. La Superiora era entonces sor María de Bonsecours*¹⁴⁰.

A las 10 de la mañana del día seis su cuerpo fue colocado en un féretro de madera y empezó el desfile de gente que quería verlo por última vez. Los

¹³⁷ Sum 401.

¹³⁸ Sum 407.

¹³⁹ Sum 618.

¹⁴⁰ Sum 572.

periódicos dieron la noticia en grandes titulares con abundantes fotografías y detalles de su vida. Aunque su cuerpo no fue embalsamado, se conservó perfectamente durante los siete días que lo velaron, a pesar del calor de la cripta del Oratorio y de los miles de fieles que pasaron a visitarlo.

El sábado nueve de enero fue llevado a la basílica catedral de Montreal para sus funerales, al que asistieron las principales autoridades de la ciudad y personas de todas las clases sociales. Después de los funerales de la catedral, fueron llevados sus restos al Oratorio de San José, donde fue expuesto a la veneración de los fieles hasta el 12 de enero. Se considera que unas 75.000 personas vinieron a visitarlo cada día; y el domingo 10 de enero y el lunes 11 fueron más de 200.000. Muchos querían aplicar a sus pies algunos objetos de piedad para guardarlos como reliquias.

El lunes 12 de enero tuvieron lugar los funerales en el Oratorio, celebrados por Monseñor Eugenio Limoges, obispo de Mont-Laurier, acompañado de otros obispos presentes. La ceremonia fue presidida desde el trono por su Eminencia el cardenal Rodríguez Villeneuve, arzobispo de Quebec. En esta oportunidad, acompañaron también al cardenal las autoridades civiles, religiosas y militares. La mayor parte de la gente venía de todo Canadá y de Estados Unidos. Algunos traían enfermos, esperando un último milagro. Varios milagros sucedieron esos días; como también conversiones extraordinarias. Había varios sacerdotes confesando a la multitud.

Su cuerpo fue enterrado en un pequeño nicho de la cripta del Oratorio, que tenía la inscripción: Frère André C.S.C.

Su corazón fue colocado al principio en la sacristía, pero ahora está guardado en una urna de vidrio, en el lugar donde se encontraba la oficina del hermano Andrés para recibir a los visitantes ¹⁴¹.

En 1937 fueron a visitar su tumba tres millones quinientos mil peregrinos. En 1938 unos dos millones quinientos mil y esta cifra se ha mantenido en años sucesivos ¹⁴².

¹⁴¹ Sum 434.

¹⁴² Sum 438.

MILAGROS DÉSPUES DE SU MUERTE

José Pichette nos dice: *He leído en la revista “Los Anales de San José” el relato de muchos hechos maravillosos obtenidos por intercesión del hermano Andrés después de su muerte. Por ejemplo el caso de una religiosa que sufría de un mal a las rodillas y que fue curada instantáneamente en la noche del 7 al 8 de enero de 1937, dos días después de la muerte del hermano Andrés*¹⁴³.

Oscar Morin atestigua: *Yo he sido testigo del siguiente hecho: Después de la muerte del hermano Andrés y mientras el cuerpo era velado en el Oratorio, llegó un hombre con un niño de cuatro años, que no podía caminar. Este hombre hizo tocar al niño con el cuerpo del hermano y el niño se puso a caminar*¹⁴⁴.

Gadbois recuerda: *Cuando los restos del hermano Andrés estaban siendo velados en la capilla ardiente, fui testigo del hecho siguiente: Llevaron una joven paralítica en una silla de ruedas. Estuvo junto a su cuerpo y pidió que le dejaran caminar. Se levantó de la silla y caminó con ayuda de un bastón. Después vino a sentarse en un banco donde yo estaba. Y un poco después, la vi caminar sin bastón e ir a la sacristía*¹⁴⁵.

*Entre otras muchas curaciones, una sucedió el 9 de agosto de 1940. Un niño de nueve años había venido a pedir la salud. No podía caminar sin usar unos zapatos especiales y unos hierros que le llegaban hasta la rodilla. El hermano Pierre lo colocó sobre la tumba del hermano Andrés y el niño se sintió curado y pudo caminar sin ayuda de hierros ni zapatos especiales. Estaba curado*¹⁴⁶.

Otro caso referido por el señor Gadbois: *Un dentista, llamado Palma Racicot, tenía parálisis. Yo lo conocía bien y, al día siguiente de su ataque de parálisis, le llevé una reliquia del hermano Andrés y le invité a rezar a san José y al hermano Andrés. El enfermo recibió la comunión y, después de comulgar, se sintió súbitamente liberado de la parálisis. Pudo levantar su brazo y dijo a su esposa: “Mira, ya estoy bien”. Se levantó de la cama y se puso a caminar sin dificultad*¹⁴⁷.

¹⁴³ Sum 85.

¹⁴⁴ Sum 139.

¹⁴⁵ Sum 276.

¹⁴⁶ Sum 83.

¹⁴⁷ Sum 278.

Y añade: *Uno de mis tíos, Zenón Chevrier, sufría desde hacía 15 días de una embolia. Yo le apliqué una reliquia del hermano Andrés y mi tía me informó que desde ese momento, mi tío se encontró mejor y fuera de peligro*¹⁴⁸.

La señora Jules Guerin declaró: *Yo soy diabética. Tomaba 90 unidades de insulina cada día. Perdí varios hijos antes de nacer. Estaba encinta de nuevo y me sentía muy mal. Mandé llamar al doctor Mc Carthy, quien me examinó y afirmó que el niño estaba muerto y que yo, que tenía una fiebre muy alta, también estaba en peligro.*

*Ante esta perspectiva, contra la opinión del médico, fui con mi enfermera al Oratorio y le pedí al padre Labonté poder tomar en mis manos la urna con el corazón del hermano Andrés, favor que me fue concedido. Al regresar a casa mi hijo nació muerto. Los médicos habían asegurado que yo no viviría ni dos semanas más. Pero he podido tener otros hijos. Con el primer niño tuve problemas, pero prometí llamarlo Andrés en honor del hermano. Nació una niña a los siete meses tan débil que debía ser alimentada con cuentagotas. Los médicos me aconsejaron que orara para que muriera, pues de otro modo sería idiota, paralítica o ciega. Pero esta niña fue la única de mis hijos que comenzó a caminar a los diez meses y habló muy pronto. Los profesores me han asegurado que es muy inteligente. El único defecto es que el ojo derecho lo tiene un poco mal. Cada año la llevo al Oratorio ante la tumba del hermano Andrés y nos damos cuenta que su ojo está cada vez mejor*¹⁴⁹.

El padre Cousineau dice: *Cuando yo era Superior del Oratorio en 1934, una religiosa de las hermanas franciscanas de María de Montreal, la hermana María de San Frodebert, sufría desde el 21 de julio de ese año hidartrosis crónica (acumulación de líquido en las articulaciones) en la rodilla derecha que le obligaba a estar en cama durante semanas, lo que le ocurrió en tres ocasiones distintas. La última crisis le vino en diciembre de 1936. El médico le aconsejó operarse. En la noche del 7 de enero, al día siguiente de la muerte del hermano Andrés, la enfermera le sugirió pedir la curación por intercesión del hermano Andrés. Oró por ese motivo y en la noche se despertó con la rodilla que le dolía más que nunca. Ella gritó: “Hermano Andrés, no me has curado, pero yo tengo confianza, debes hacerme caminar mañana”. De nuevo se durmió y, al despertarse por la mañana, se dio cuenta de que no sentía ningún dolor y podía doblar la rodilla. Estaba curada. Una hora más tarde se lo manifestó a la enfermera. Se levantó, se vistió y fue a ver a la Superiora provincial, diciéndole que estaba curada*¹⁵⁰.

¹⁴⁸ Sum 278-279.

¹⁴⁹ Sum 923.

¹⁵⁰ Sum 441-442.

*El 23 de marzo de 1937, el médico le dio un certificado de completa curación, unido a un reporte radiológico del doctor Lacharité, declarando que su rodilla estaba normal*¹⁵¹.

Salvador Marotta recuerda: *Yo sufría del hígado y me encontraba muy mal. Era un año después de la muerte del hermano Andrés. Mi esposa hizo llamar al doctor Taylor, un protestante. Me encontró muy mal y decidió que debía ir al hospital. Hasta la medianoche tres médicos me examinaron y decidieron que debía ser operado el día siguiente a las diez de la mañana. De no hacerlo, mi vida estaba en peligro en 24 horas.*

Yo oré al hermano Andrés y le pedí que no tuvieran que operarme, pues tenía conocimiento de operaciones similares que no habían sido muy satisfactorias. Después de haber orado al hermano, me dormí hasta las siete de la mañana sin sentir dolores como los días anteriores. La enfermera me vino a ver a las ocho y le dije que me sentía bien y no quería operarme. El doctor Taylor vino a visitarme y me insistió en que debía operarme a la hora fijada, pero yo regresé a mi casa. El doctor Taylor llamó a mi esposa para aconsejarle que me convenciera de operarme, pero yo le insistí que estaba bien y no quería operarme.

*Estuve ocho días en casa, tomando alimentos ligeros y sin sentir dolores. El doctor Taylor vino a verme a mi casa y estaba convencido de que tendría un segundo ataque en una semana a lo más; que no pasaría de dos meses y que este ataque sería mucho peor. Sin embargo, no sucedió. Mi curación tuvo lugar hace ya seis años y estoy trabajando normalmente*¹⁵².

El padre Cousineau afirma: *Después de la muerte del hermano Andrés hasta 1943, se recibieron en el Oratorio cartas con información de 7.900 curaciones corporales y 16.900 favores espirituales atribuidos a su intercesión*¹⁵³.

¹⁵¹ *Ibídem.*

¹⁵² Sum 510-511.

¹⁵³ Sum 440.

DEVOCIONES ESPECIALES

a) LA EUCARISTÍA

El hermano Andrés asistía a misa todos los días y comulgaba en ella. Después de la comunión estaba inmóvil en adoración durante unos 20 ó 30 minutos, y se confesaba frecuentemente con el padre Laurin en Saint Laurent, pues era su director espiritual.

Dice su amigo José Pichette: *Cuando comulgaba, se quedaba de rodillas inmóvil, como en éxtasis, largo tiempo. Cada vez que le he visto comulgar, me ha impresionado por su respeto y piedad*¹⁵⁴.

*Durante las visitas a los enfermos de la ciudad nos pedía, a veces, llevarlo a la iglesia, donde oraba durante una hora o más. Por las noches también iba frecuentemente a orar ante el sagrario*¹⁵⁵.

Adelardo Fabre nos dice: *Al hermano Andrés le gustaba decorar con flores el altar y me pedía a veces que fuera a la montaña a traer flores. Una vez vine con unas flores silvestres, pero el hermano me hizo notar que no eran tan bellas y él mismo fue a buscar otras más hermosas para adornar el altar*¹⁵⁶.

*Tenía mucha devoción a la Eucaristía y le gustaba dar la mano a los sacerdotes que acababan de celebrar misa, porque habían tenido en sus manos al buen Dios*¹⁵⁷.

*Recomendaba insistentemente a los visitantes acercarse a los sacramentos de la confesión y de la Eucaristía*¹⁵⁸. Todos los viernes hacía la Hora Santa con un grupo de amigos. Muchas veces él solo se pasaba horas en adoración a Jesús sacramentado. Jesús Eucaristía era el centro de su vida.

b) LA VIRGEN MARÍA

Entre las advocaciones marianas tenía gran devoción a Nuestra Señora de los Dolores. Todos los días rezaba varios rosarios en honor de la Virgen. Asegura José Pichette: *Cuando iba de su oficina al Oratorio, siempre llevaba el rosario en la mano. Si iba a visitar a los enfermos de la ciudad, rezaba el rosario con*

¹⁵⁴ Sum 44.

¹⁵⁵ Sum 45.

¹⁵⁶ Sum 330-331.

¹⁵⁷ Sum 90.

¹⁵⁸ Sum 213.

nosotros o solo. En los viajes rezaba hasta que llegábamos al destino. En las tardes, si permanecía en el Oratorio, hacía su hora de adoración; y después salíamos a la plaza del Oratorio y rezábamos el rosario. Y allí rezábamos uno o dos, o hasta tres rosarios... El pedía a la gente que fueran a visitar y rezar a la Virgen. A unos les recomendaba rezar a san José, a otros al Sagrado Corazón, a otros a la Virgen. Una de sus últimas oraciones antes de entrar en coma fue (repetir): “Oh María, mi dulce madre y madre del divino Salvador, ruega por mí”¹⁵⁹.

El padre Felipe Laurette anota: *He visto muchas veces al hermano Andrés con su rosario en la mano y recitarlo en los momentos libres. Muchas personas han declarado que, en sus viajes, en tren o en automóvil, rezaba el rosario y hacía lo mismo cuando se hospedaba en casa de alguna familia. La señora Boulet, su hermana carnal, también me aseguró que, cuando iba a su casa, rezaba el rosario. El señor Wilfrid Bessette, su pariente, también manifestó que rezaba el rosario en compañía de su familia*¹⁶⁰.

El padre Labonté indica: *El hermano Andrés tenía una imagen de la Virgen María en su habitación. Esta imagen representaba a la misma Virgen que él había visto en la enfermería durante una enfermedad. Yo tengo la impresión de que pasó algo extraordinario con relación a esta imagen, pero no sabría precisar más*¹⁶¹.

Moisés Robert ratifica: *Cuando viajábamos en coche, nos hacía rezar el rosario y repetir la invocación: “Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos”. Y recomendaba a los enfermos rezar el rosario*¹⁶².

La fórmula bien conocida de: *A Jesús por María*, él la completaba diciendo: *A Jesús por María y José*. Él consideraba a san José como el gran proveedor de la iglesia.

c) EL ÁNGEL CUSTODIO

Él decía: *El buen Dios nos ha dado a cada uno un ángel custodio para que nos sirvamos de él, le contemos lo que nos pasa y le insistamos en toda clase de peticiones*¹⁶³.

¹⁵⁹ Sum 47.

¹⁶⁰ Sum 702-703.

¹⁶¹ Sum 154-155.

¹⁶² Sum 739.

¹⁶³ Sum 215.

El hermano Andrés tenía gran devoción al ángel custodio y hablaba de él con frecuencia. Él pedía dejarle un lugar cuando alguien se sentaba ¹⁶⁴.

El hermano Andrés aconsejaba rezar a nuestro ángel custodio, asegurándonos que el ángel es el mejor defensor en los peligros ¹⁶⁵.

Oscar Morin dice: *Me acuerdo que una vez el hermano Andrés dijo que era necesario portarse bien para que un día no tuviera que ruborizarse de nosotros nuestro ángel custodio* ¹⁶⁶.

El padre Labonté añade: *Recuerdo que dijo el hermano Andrés: “Si tu ángel custodio te dijera: Hoy vas a morir, ¿cómo pasarías el día?”* ¹⁶⁷.

d) LOS SANTOS

Entre todos los santos además de la Virgen María y san José él amaba mucho a santa Gertrudis. Su devoción la manifestaba, citando sus palabras y repartiendo un librito con su vida y oraciones. También tenía mucha devoción al santo cura de Ars, porque el hermano había nacido el mismo día que este santo.

Recitaba cada día el rosario de las santas llagas, de acuerdo a las revelaciones de la salesa de Chambéry (Francia), sor Marta Chambon. Él conoció esta espiritualidad a través del folleto *Sor María Chambon y las santas llagas de nuestro Señor Jesucristo*.

Un día fue a la casa de las hermanas Hijas de la caridad de la providencia. Allí estaba sor Leblanc y le pidió 18 ejemplares del librito, ya que ellas eran las distribuidoras en Montreal. El hermano Andrés le dijo que los folletos eran para convertir pecadores. También tenía devoción a Santa Francisca Romana, de quien una vez dijo, casi sin querer, que la había visto ¹⁶⁸.

¹⁶⁴ Sum 894.

¹⁶⁵ Sum 931.

¹⁶⁶ Sum 125.

¹⁶⁷ Sum 155.

¹⁶⁸ Sum 801.

e) ALMAS DEL PURGATORIO

Dice el padre Labonté: *Recuerdo que el dos de noviembre, día de los difuntos, él hacía muchas visitas al Santísimo para ganar indulgencias plenarias por las almas* ¹⁶⁹.

Recomendaba mucho rezar por las almas del purgatorio, especialmente de los propios padres y por las almas más abandonadas ¹⁷⁰.

Según Domingo Cormier, *el hermano Andrés rezaba mucho por las almas del purgatorio. Todos los viernes durante cinco o seis años fue a la Hora Santa con un grupo de amigos del hermano. La Hora Santa terminaba siempre con un Viacrucis a intención de las almas del purgatorio* ¹⁷¹.

f) EL VIACRUCIS

Además de Jesús Eucaristía, de la Virgen María, y de san José, tenía una devoción muy especial a la Pasión del Señor. Por eso, siempre tenía en su oficina de atención a los enfermos una imagen de Jesús adolorido y ensangrentado. Y, cuando hablaba con algún pecador, la sacaba para hablarle de la pasión de Jesús, tratando de hacerle regresar a la fe.

A tono con ello, todos los días hacía el Viacrucis (camino de la cruz). Normalmente pedía a algunos amigos que lo acompañaran, especialmente los viernes a la Hora Santa, que terminaba con un Viacrucis por las almas del purgatorio. En la primera pequeña capilla también instaló un Viacrucis que le regaló el padre Teófilo.

José Pichette declaró que *un día, de la primavera que precedió a su muerte en 1936, tomaba una pequeña cena en nuestra casa y me anunció que habría un Viacrucis con personas en el Oratorio. Jamás lo vi con tanta alegría. Él se alegraba, porque el Viacrucis produciría muchas conversiones; lo recomendaba siempre a sus amigos y a quienes lo visitaban* ¹⁷².

¹⁶⁹ Sum 163.

¹⁷⁰ Sum 222.

¹⁷¹ Sum 349.

¹⁷² Sum p. 13.

ALGUNAS VIRTUDES

1. ESPÍRITU DE PENITENCIA

Desde muy jovencito mostró su gran espíritu de penitencia y de oración. Su tía Rosalía Nadeau lo encontró con un cilicio y se lo hizo quitar. José Pichette recordaba: *Siendo portero del colegio me contó que en invierno iba a un rincón oculto y retirado del colegio y tomaba un baño de nieve como penitencia*¹⁷³.

Por su mala salud y sus continuos vómitos, tuvo mucho que sufrir y que ofrecer a Dios por la salvación de los pecadores. También tuvo mucho que padecer para atender a tantos enfermos que todos los días durante años acudieron a su oficina con deseos de sanarse. Algunos le exigían que hiciera un milagro y eso le hacía sufrir mucho. Les decía: *Yo no curo a nadie, es Dios por intercesión de san José*. Pero algunos no entendían y seguían insistiendo. Lo que a veces le quitaba la paciencia. Sobre todo en los últimos cinco años de su vida, a partir de los 86 años, en que se encontraba agotado físicamente.

Tuvo varias enfermedades. En varias ocasiones tuvo hemorragias de estómago. Alguna vez tuvo que ser internado en el hospital. En 1918 padeció la famosa gripe española, que tantas víctimas ocasionó. En 1931 tuvo una fuerte gastritis. En 1932 una pulmonía doble, debiendo estar 20 días en el hospital. Pero a pesar de todo, lo normal era su sonrisa delicada y profunda, especialmente cuando veía el poder de Dios en la curación de algunos enfermos de males incurables.

A veces, cuando iba a atender a los enfermos a su oficina (bureau) decía: *Me voy a mi bourreau (verdugo), jugando con las palabras*. Por la noche solía dormir unas tres horas y trabajaba casi 20. Alguien le preguntó un día: *¿Cómo hace usted para vivir, siendo tan viejo y con tan poca salud?* Y respondió: *Trabajando lo más posible y comiendo lo menos posible*. Decía a sus íntimos amigos: *Si se conociera el valor del sufrimiento, se le pediría a Dios de rodillas y con las manos juntas*¹⁷⁴.

El padre Cousineau manifestó en el Proceso: *Después de su muerte encontré en su habitación un cilicio y una disciplina de cuerdas, que estaban usadas*¹⁷⁵.

¹⁷³ Sum 67.

¹⁷⁴ Sum 768.

¹⁷⁵ Sum 420.

2. CASTIDAD

El hermano Andrés llamaba a la castidad la virtud de los ángeles ¹⁷⁶. En su vida tuvo que luchar contra fuertes tentaciones que el Señor permitía para purificarlo cada día más y como reparación de tanta impureza que hay en el mundo.

El doctor Lamy certifica: *El hermano Andrés me habló dos o tres veces que él había tenido tentaciones carnales. Me decía: “El diablo ha estado junto a mí todo el día”. El recurría a la oración con fuerza en esos momentos. Recuerdo que en sus últimos años yo le había prescrito un sedante y observé que la botellita del medicamento había bajado hasta la mitad* ¹⁷⁷.

El padre Cousineau anota: *Un día de 1933 vino a verme al colegio de Saint Laurent, donde yo era Superior, y me pidió rezar por él. Me dijo: “Tengo grandes tentaciones contra la castidad”. Sé también que el padre Labonté lo encontró un día en su habitación muy preocupado y le confió que tenía muchas tentaciones contra la castidad. El padre Labonté lo animó y reconfortó* ¹⁷⁸.

El señor Pichette declaró: *Al principio de su atención a los enfermos en su oficina, alguna vez frotó a algunas mujeres sobre la ropa, en presencia de sus familiares pero, cuando el Superior se lo prohibió por lo que podían decir, dejó de hacerlo y nunca más lo hizo. Normalmente frotaba a hombres sobre la ropa. Durante los 30 años que yo le he conocido, nunca le vi frotar a ninguna mujer. Él aconsejaba frotar, teniendo la medalla de san José en un paño en la mano. Él me ha frotado muchas veces, pero siempre sobre la ropa* ¹⁷⁹.

Cuando hablaba con las mujeres, tenía los ojos bajos y recalca que debían vestir modestamente. Durante muchos años guardábamos unos mantos de mujer, que les ofrecíamos, cuando venían no muy bien vestidas, antes de entrar a la oficina del hermano Andrés. Un día llegó una señora con su hija y no estaban modestamente vestidas. El hermano dijo a la madre: “¿Cómo quieren obtener la curación vestidas de esta manera usted y su hija?”. Como la madre no le quiso prometer que vestiría mejor, le contestó que no insistiera en pedir la curación ¹⁸⁰.

Nunca visitaba a una mujer enferma sin que estuviera acompañado de algún miembro de su familia o del que lo llevaba ¹⁸¹.

¹⁷⁶ Sum 133.

¹⁷⁷ Sum 526.

¹⁷⁸ Sum 405.

¹⁷⁹ Sum 59.

¹⁸⁰ Sum 58.

¹⁸¹ Sum 59.

Era muy delicado en esta materia, pues sabía que estaba siempre en presencia de los ángeles.

3. POBREZA

El hermano Andrés vivió la pobreza de manera radical, sin atenuantes. Nunca iba a dormir teniendo dinero en el bolsillo, a no ser que estuviera lejos del convento. Normalmente, las limosnas que le daban para la construcción del Oratorio, se las entregaba al Superior antes de ir a dormir. Cuando alguien le daba algo, lo metía al bolsillo sin mirar cuánto era. Él agradecía lo mismo unos céntimos que quinientos dólares.

Solía ir siempre vestido con su sotana de religioso, que estaba todo descolorida por el uso y el sol. Su ropa se la remendaba él mismo al terminar el trabajo del día. Procuraba usar todo hasta el fin.

El señor Pichette dice: *Un día vino a mi tienda de zapatos y me mostró sus zapatos muy desgastados. Me preguntó si sería muy costoso arreglarlos. Yo le hice probar un par de zapatos. Se los regalé y me quedé con los viejos, pero antes de salir me pidió sus zapatos viejos y tuve que dárselos. Dos o tres veces tuve que cambiarle sus zapatos viejos por nuevos*¹⁸².

Su mobiliario en la celda del colegio consistía en una pequeña litera, una pequeña mesa y dos o tres sillas de madera. Cuando vivía en la pequeña capilla de la montaña, tenía dos camas de hierro para cuando invitaba a algún enfermo a pasar unos días con él para curarlo. También tenía un crucifijo, una imagen de san José y otra de nuestro Señor. Cuando alguien dormía en su celda, había una cortina de separación y se desvestía en la oscuridad.

Arturo Ganz indica: *Un día, sin darme cuenta, me senté en el coche sobre el sombrero del hermano Andrés. Él me dijo, sonriendo, que hacía 22 años que lo usaba. Recuerdo que en una visita a su habitación, cuando estaba enfermo, lo encontré cosiendo su ropa con aguja. Como no veía bien para enhebrar la aguja, yo le ayudé. Él decía que sus ropas recosidas todavía estaban bien; pero a mí me parecían dignas de figurar en un museo*¹⁸³.

Su comida era muy especial debido a sus continuos vómitos por causa del estómago. Ya desde jovencito no podía comer cosas sólidas y se preparaba un

¹⁸² Sum 64-65.

¹⁸³ Sum 478.

poco de agua con leche, a veces con un poco de guiso bien cocido. Tomaba un poco de café y también, de vez en cuando, una copita de cognac, ya que el médico le había ordenado tomarlo como medicina después de haber tenido una pulmonía doble. Normalmente nunca comía postre o dulces.

José Pichette manifestó: *En la mañana tomaba una taza de café con un pedazo pan o de bizcocho. Durante el tiempo que estaba enfermo en mi casa tomaba un buen desayuno por la mañana y no comía prácticamente el resto del día. Él me ha contado que durante la construcción del Oratorio, en una ocasión, no tuvo tiempo de desayunar con la comunidad y tomó tres o cuatro bizcochitos, los metió en su bolsillo y no pensó más en ellos. Al regresar a casa en la noche, todavía los tenía. No había comido nada durante el día*¹⁸⁴.

4. OBEDIENCIA

Era muy obediente en todo a sus Superiores. Para visitar a los enfermos a domicilio, no iba a los que él quería, sino a los que le indicaba el Superior, de acuerdo a las peticiones que había. Un día el chofer que debía regresarlo a casa, le dijo que era ya muy tarde y debían dejar de visitar al último que faltaba. El hermano le insistió diciendo: *Hay que ir, porque hay que obedecer al Superior*¹⁸⁵.

Sólo regalaba rosarios o medallas con permiso, especial o permanente, del Superior. Ni siquiera se atrevía a tomar nada de casa ajena, aunque fueran muy amigos, sin permiso.

Antonio Valente refiere: *Durante su estancia en mi casa, una mañana nos dijo a mi esposa y a mí: “Ésta noche ha faltado poco para ser un ladrón”. Le pregunté por qué. Respondió: “Tenía hambre y quería comer pan”. Yo le respondí que sabía dónde estaba y que podía servirse. Pero él contestó: “Sí, pero no tenía vuestro permiso”.*

*Yo le dije a mi esposa que le preparara algo por la noche para que no tuviera hambre. En su habitación colocamos un termo de café y unas porciones de pan seco. EL hermano Andrés se sorprendió cuando lo vio por primera vez. Le dijimos: “Es para impedirle que sea un ladrón”. Él lo agradeció y parecía contento. Y constatamos que por la mañana había tomado el café y el pan*¹⁸⁶.

¹⁸⁴ Sum 61.

¹⁸⁵ Sum suppletivum, p. 11.

¹⁸⁶ Sum 556.

Él había hecho el propósito firme de no negar nada de lo que le pidieran y menos si se lo pedía el Superior. Siempre obediente, aunque le costara aceptarlo, como cuando el Superior le pidió quitar todas las muletas y ex-votos de la capilla, que para él eran recuerdos del poder de intercesión de san José.

EL DEMONIO

Eran tantos los que se salvaban por sus oraciones y penitencias que el demonio, con el permiso de Dios, le hacía sentir su desesperación.

Domingo Cormier asegura: *El hermano Andrés me reveló un día que el demonio se le había aparecido bajo la forma de un hombre y lo había tirado de la cama. Me dijo que había visto al diablo junto a él y le había perseguido. Me habló de esto unos dos años antes de su muerte*¹⁸⁷.

El señor Pichette afirma: *Cuando se estaba agrandando el presbiterio, fui con el hermano Andrés a orar a la cripta. Al regresar pasamos por un lugar donde se había levantado todo el piso antiguo... El hermano me explicaba cómo debía transformarse. Teníamos las espaldas apoyadas al muro. Entonces el hermano dijo: “¡Qué bueno es Dios!”. No había terminado de decir esa frase cuando él saltó por encima de un agujero que había a nuestro costado y fue a caer al otro lado de la sala golpeándose la frente contra el suelo y con las piernas colgando. El salto había sido de unos cuatro metros. Había saltado sin impulso alguno. El golpe le había hecho salir un bulto en la frente. Se pasó la mano sobre el bulto y éste desapareció. También se había herido en las piernas...*

*Al año siguiente yo fui al Oratorio y el hermano Andrés me prestó la llave de su habitación. Yo había mirado algunos libros, esperando su llegada. Él me enseñó un libro sobre la vida de sor María Marta Chambon que tenía abierto en cierta página. En la tarde regresé a su habitación, tomé ese libro en la página indicada y leí que el diablo transportaba a esa hermana y la hacía sufrir. Entonces comprendí que el salto del hermano del año anterior se debía al demonio*¹⁸⁸.

Algunas veces, al menos tres o cuatro, que yo fui a dormir a su habitación, oí ruidos debajo de la pequeña capilla. Una noche el ruido era más fuerte. Tuve miedo y desperté al hermano, que me dijo que no era nada y ya no le desperté más.

¹⁸⁷ Sum 368.

¹⁸⁸ Sum 75.

Cuatro años antes de su muerte, el hermano Andrés había venido a mi casa para descansar de sus achaques. Una noche tocó el timbre para llamarme y me dijo que se encontraba mal, que no sabía si había tenido un sueño o era realidad, pero que el diablo estaba junto a él y trataba de ahogarlo. Pienso que no había podido dormir y me pidió una medalla de san José y que le frotara con la medalla ¹⁸⁹.

Un día llegó al Oratorio un sacerdote que quería ver al hermano Andrés. El padre Clemente le dijo que estaba solo en la habitación encima de la pequeña capilla. El sacerdote se acercó y se sorprendió de escuchar ruidos en su habitación como de dos personas que luchaban y hablaban. Él regresó y se lo contó al padre Clemente, quien le aseguró que el hermano estaba solo. Fueron ambos a ver y oyeron los mismos ruidos. Se oía la voz del hermano que decía: “Déjame, déjame; vete, vete”. Entonces tocaron la puerta, entraron y no vieron a nadie más que al hermano Andrés solo ¹⁹⁰.

Antonio Valente refiere: Me contó que, cuando tenía su habitación sobre la pequeña capilla de la montaña, varias veces tuvo que luchar de noche contra el demonio. El demonio venía y él oía ruidos de cadenas, pero no tenía miedo y se había batido con el diablo cuerpo a cuerpo ¹⁹¹.

CARISMAS

Fueron muchos los carismas o dones sobrenaturales que Dios concedió al hermano Andrés para consuelo y aumento de la fe de los demás. Veamos algunos.

a) LEVITACIÓN

Mucha gente certificó en el Proceso que, cuando lo veían orar ante el Santísimo Sacramento, estaba tan concentrado e inmóvil que parecía estar en éxtasis. Pero pocos lo vieron en levitación.

El abad Charles Poirier, vicario de Longueuil, en 1945 tuvo que preparar durante algunas semanas a un anciano a bien morir. Este anciano le contó con toda seriedad y convicción que un día había ido a ver al hermano Andrés y había

¹⁸⁹ Sum 76.

¹⁹⁰ Ibídem.

¹⁹¹ Sum 559.

*compartido su habitación encima de la pequeña capilla y por dos veces había visto al hermano Andrés elevarse sobre su lecho*¹⁹².

b) BILOCACIÓN

Es el carisma de poder estar en dos lugares al mismo tiempo. El señor José Pichette estaba enfermo y subió al Oratorio a ver al hermano Andrés, pero le dijeron que estaba de viaje, de vacaciones, en un lugar lejano. Y dice: *Vi la puerta de la sacristía abierta y, cosa sorprendente, el hermano estaba allí. Me hizo señas de entrar. Me preguntó cómo estaba y le contesté que no estaba bien. Él comenzó a frotarme un momento y no me invitó a regresar para verlo. Fui a rezar al templo y me fui*¹⁹³.

*En otra ocasión hacía tres o cuatro días que había salido de viaje. Yo sabía que no estaba y que tardaría unos quince días, que era lo que solía durar su estancia en Estados Unidos. Esta vez me sentí muy mal en mi tienda. De pronto, veo al hermano Andrés. Me hizo quitarme el abrigo y se puso a frotarme el corazón y el brazo. Le dije: “Hermano, ¿no estabas de viaje en Estados Unidos?”. Él no me respondió. Como nunca venía sin coche, miré por la calle, pero no había ninguno. Y él se fue hacia Saint-Jacques, la catedral*¹⁹⁴.

c) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es el conocimiento de cosas que sólo pueden ser conocidas sobrenaturalmente y no por medios naturales. El padre Henri Bergeron certificó: *El padre Henri Courtemanche me contó que, durante el verano de 1936, un padre conventual de Buffalo, Estados Unidos, vino al Oratorio con la intención de llevar al hermano Andrés a Buffalo para visitar a la Madre general de una comunidad de hermanas que estaba agonizante. El hermano dijo: “Es inútil que vaya, ella está mejor”. El padre insistió, pero no consiguió que viajara. Al regresar a Buffalo el padre conventual, se dio con la sorpresa que la Madre general estaba curada. El padre Courtemanche le manifestó al hermano: “Usted es muy atrevido para decir: la enferma está curada”. El hermano sólo respondió: “El buen Dios es muy bueno”*¹⁹⁵.

El señor Gadbois cuenta: *El padre Daniel Roy me ha referido el siguiente hecho que le contó el mismo doctor Coutu, que se burlaba del hermano Andrés y*

¹⁹² Catta, p. 847.

¹⁹³ Catta, p. 848.

¹⁹⁴ Ibídem.

¹⁹⁵ Sum 772.

no tenía confianza en él. Un día iba en coche el hermano con un amigo del doctor Coutu y al ver al doctor por la calle quiso presentárselo al hermano Andrés. El doctor le manifestó que venía de visitar a su madre, que estaba muy enferma y dolorida. El hermano le dijo: “Doctor, no lo creo. Su madre está muy bien”. El doctor le dijo que acababa de dejarla en su casa muy mal. Telefonó a la casa y su hermana le pudo decir que estaba ya bien desde las 11, que era la hora en que se había encontrado con el hermano ¹⁹⁶.

José Pichette indica: Muchas veces el hermano conocía cosas que no podía saber, sino por una inspiración; como cuando les decía a algunas personas que pedían curación: “Váyanse, ya están curados”. Así le pasó a mi sobrina, señora St. Germain. Yo le pedí al hermano Andrés su curación y él me dijo: “En este momento tu prima está mejor”. Eran las tres menos cinco minutos y ella me dijo al otro día que se había curado exactamente a esa hora.

Una tarde le hablé al hermano Andrés que la señora de uno de mis empleados, el señor Brosseau, estaba muy enferma. Él me respondió: “Está muerta”. Yo insistí, diciendo que estaba muy grave, pero me repitió: “Está muerta”. Al día siguiente, mi empleado llegó a la tienda para darme la noticia. Yo le pregunté, si le había telefonado al hermano Andrés, pero dijo que no.

Una joven vino a ver al hermano Andrés para pedirle la curación de su hermana gravemente enferma. El hermano le manifestó: “Tú hermana está bien”. Y cuando llegó a su casa la encontró curada ¹⁹⁷.

Sor Leblanc recuerda: La señora Barsalow me telefoneó en 1933 para decirme que su nuera estaba muy grave en el hospital “Notre Dame” de Montreal y la habían operado de apendicitis. Solamente la habían abierto, porque tenía peritonitis y el pus estaba muy extendido. Su estado de salud era desesperado y los vómitos continuos. Yo fui a contarle el caso al hermano Andrés y a pedirle su ayuda. El hermano me escuchó y se recogió algunos segundos. Después me dijo: “Ha habido un cambio en la enferma. Hablemos de otra cosa”. Yo me fijé en la hora: las once y veinte minutos de la mañana. En ese momento la nuera había mejorado mucho y pudo en la tarde tomar un caldo, que pudo retener y gradual y rápidamente quedó curada, y todavía vive y está bien de salud ¹⁹⁸.

Arturo Ganz declaró: Mi esposa tenía, desde hacía dos días, unos fuertes dolores de cabeza, lo que le ocurría frecuentemente. Un domingo por la tarde,

¹⁹⁶ Sum 273.

¹⁹⁷ Sum 72-73.

¹⁹⁸ Sum 633-634.

hacia las nueve, recibí una llamada telefónica del señor Azarías Claude para llevar al hermano Andrés de regreso al Oratorio. Mi esposa me dijo que no la dejara sola por sentirse mal. Yo le respondí que volvería pronto. Fui a recoger al hermano a casa del señor Claude y el hermano Andrés me preguntó cómo estaban las cosas en casa. Yo le contesté que mi esposa tenía fuertes dolores de cabeza. Él me replicó: “Tu esposa está bien”. Le manifesté que hacía cinco minutos que la había dejado mal. Hicimos una parada en mi casa y, sin que el hermano bajara del coche, encontré a mi esposa lavando la vajilla, porque se sentía bien. Su mal había desaparecido al momento en que el hermano Andrés me había dicho: “Tu esposa está bien”. A partir de ese día, ha tenido algunos dolores alguna otra vez, pero no tan frecuentes ni tan fuertes como antes ¹⁹⁹.

Su amigo Corbeil dice con convencimiento: *Yo creo que a veces el hermano Andrés leía el corazón de la gente, ya que a algunos les decía que se fueran a confesar, lo que no les decía a todos ²⁰⁰.*

d) PROFECÍA

Es el conocimiento de cosas futuras por revelación sobrenatural. Anota el señor Pichette: *Fui con el hermano Andrés a visitar al señor Gaudeau, que estaba enfermo en su casa. El hermano me dijo: “Tu amigo, el señor Gaudeau, irá a cenar al paraíso el día de Año Nuevo”. Y ciertamente el primero de enero murió ²⁰¹.*

Domingo Cormier da su testimonio: *Yo había sido alistado para ir a la guerra (de 1914). Mi cuñado Pichette, que conocía al hermano Andrés me llevó con mi novia a verlo. Él me dijo: “Cumple tu deber de soldado y de buen cristiano”. Y a mi novia le dijo: “Volverá sano y salvo de la guerra”. Cuando regresé de la guerra, continué viéndolo y fui casi todos los domingos durante seis o siete años.*

Antes de ir a la guerra me había recomendado orar a san José y me dio una medalla del santo, que conservo todavía. Me acuerdo que el tiempo que estuve en Inglaterra, esperando ir a primera línea, estaba impaciente. Insistí a mi oficial para ir a Francia con el fin de ir al combate, lo que se me concedió. Escribí a mi novia, quien toda temblorosa fue a ver al hermano Andrés. Ella le indicó: “Usted me dijo que no iría a la línea de fuego y él me anuncia que va a

¹⁹⁹ Sum 461-462.

²⁰⁰ Sum 108.

²⁰¹ Sum 78.

ir”. El hermano le respondió: “Cuando le escriba, pregúntele si no ha sido él, el que ha pedido ir a Francia”²⁰².

Arturo Ganz refiere este caso: *Un día el hermano Andrés visitó a un hombre de 21 años de nombre Desjardins, en el hospital del Sagrado Corazón. Al verlo le dijo: “No tengas miedo, mañana vas a morir y san José verá por los tuyos”. Debo decir que él era el sostén de su familia. De hecho murió y el patrón de su trabajo siguió dando el salario a su familia. Murió de una muerte dulce y tranquila*²⁰³.

Y continúa: *Monseñor Gauthier, arzobispo de Montreal, había tenido una angina de pecho y estaba hospitalizado. El hermano fue a verlo y le dijo a la religiosa encargada de cuidarlo que se recobraría, a pesar de su estado crítico. Al salir del hospital, me dijo: “Monseñor no morirá esta vez, pero al segundo ataque no sobrevivirá”. Alrededor de cuatro años más tarde le dio el segundo y yo le dije a mi esposa, acordándome de las palabras del hermano Andrés: “Vas ver cómo Monseñor Gauthier morirá esta vez”. Y eso sucedió*²⁰⁴.

Añade: *Recuerdo que acompañé al hermano Andrés a ver una niña de once años. Tenía meningitis y sufría mucho. En ese momento estaba con ella el doctor Letendre. El hermano dijo: “La niña no tiene fiebre y no sufre”. El doctor le dijo que acababa de tomarle la temperatura y que tenía la más alta que un niño puede tener. El hermano replicó: “No le creo, doctor”. El médico quiso tomarle la temperatura de nuevo para aclararle el hecho al hermano y se dio con la sorpresa que la temperatura era normal.*

La madre de la niña se emocionó y gritó: “Hermano Andrés ha salvado a mi hija”. Pero el hermano respondió: “Señora, su hija va a morir mañana a las ocho y media de la mañana, pero no va a sufrir”. La madre gritó: “Hermano, salva a mi hija”. “Señora, Dios sólo conoce el destino de esta niña. No se oponga a la voluntad del buen Dios”.

*A la mañana siguiente, yo estaba al lado de la niña, que murió tranquila a las ocho y veintidós minutos. El doctor Letendre también estaba en ese momento y pudo comprobar la hora exacta*²⁰⁵.

El señor Corbeil afirma: *En los últimos meses de su vida, fui con el hermano a visitar un enfermo de asma. Estuvo rezando por él con toda su familia*

²⁰² Sum 345-346.

²⁰³ Sum 457-458.

²⁰⁴ Sum 482.

²⁰⁵ *Ibíd*

y el enfermo comenzó a respirar mejor. A la salida me dijo: “Morirá esta noche”. Y eso fue lo que sucedió²⁰⁶.

El padre Cousineau declaró: *El hermano hizo varias predicciones antes de morir. Al señor Azarías Claude le dijo: “Esta Navidad de 1936 será la última que paso aquí abajo. El Papa no morirá, yo moriré en su lugar”. La segunda predicción me la hizo el 1 de enero de 1937 en su cama del hospital de Saint Laurent: “Los trabajos en curso del Oratorio se terminarán bien”. Se trataba de la construcción de los altos muros y de la cúpula de la iglesia superior*²⁰⁷.

e) APARICIONES

José Pichette indica: *El padre Superior del colegio N. D. des Neiges hablaba con algunas personas sobre el lugar donde sería erigida la primera capilla sobre la montaña. El Superior señaló un lugar y dijo: “Aquí se levantará la capilla”. Al momento el hermano Andrés dijo: “Sería mejor allá”. El Superior respondió: “No, será aquí”. Entonces el hermano contestó: “Sin embargo, yo he visto”. Y al momento se calló. El Superior entonces aceptó el lugar señalado por el hermano. Esto me lo ha referido el señor Maucotel, que fue testigo del hecho*²⁰⁸.

Como se ve, parece que el hermano tuvo una visión sobre el lugar mismo de la erección de la primera capilla.

Enrique Bessette, su sobrino, afirmó que *en una ocasión en que estaba con el tío Andrés en Montreal, en 1924 ó 1925, le había asegurado que un día, mientras estaba orando en la colina del Mont-Royal, antes de la construcción de la primera capilla, se le apareció san José y le pidió construir allí mismo una capilla en su honor*²⁰⁹.

*El padre Theoret, amigo del hermano Andrés, le preguntó un día a propósito de si había tenido una aparición de san José. Cuando ya creía que le iba a contestar, el hermano cambió de tema y no respondió ni sí ni no*²¹⁰. Hubiera sido muy fácil responder no, en caso negativo, pero no quiso responder.

La hermana Mary Andrew, de las hermanas de la Misericordia, declaró que *un día, cuando el hermano era portero del colegio, fue a buscarlo y lo*

²⁰⁶ Sum 93.

²⁰⁷ Sum 427.

²⁰⁸ Sum 74.

²⁰⁹ Sum 963.

²¹⁰ Sum 311-312.

*encontró rezando de rodillas en la montaña. Le preguntó: “¿Por qué no viene? Es la hora de cenar”. Su respuesta fue: “No puedo. San José quiere que le prometa construirle una capilla”*²¹¹.

*El hermano Andrés le refirió al padre José Nelson Duquette que, con ocasión de su estancia en el hospital, había visto en la pared de su habitación un ojo que le recordaba el ojo de Dios y que lo vio sobre algunas imágenes piadosas. De él salían rayos que iluminaban una imagen de la santísima Virgen y otra de san José. Él se sintió muy emocionado por esta visión y dijo: “Cuanto más cerca se esté de Dios, más se sufre”. El padre Duquette me ha contado este hecho bajo juramento*²¹².

*El padre Labonté me ha contado que el hermano Andrés le refirió que había visto una imagen en forma de corazón. La imagen le pareció al principio la de nuestro Señor y después reconoció a la Virgen con el niño Jesús en brazos. Este mismo hecho le contó el hermano al padre Deguire*²¹³.

*José Pichette testimonia: El hermano Andrés dijo a mi esposa haber visto en sueños al padre Hupier, después de muerto, y que le preguntó cuál era la oración más agradable a nuestro Señor, y el padre Hupier había recitado la oración del padrenuestro. Cuando decía: “Hágase tu voluntad”, lo repitió tres veces. El hermano entendió que debía superar grandes pruebas para hacer la voluntad de Dios*²¹⁴. *También dijo que había tenido una visión de la Virgen con el niño Jesús y que le había enseñado una oración que comenzaba así: “Oh, mi buena Madre”*²¹⁵.

*Y sigue diciendo: Un día, estando en mi casa de campo habló del cielo y dijo: “¡Es tan bello! (Como si lo hubiera visto ya). Y añadió: “Yo he visto a santa Francisca Romana. Ella me ha dicho... Y en ese momento se detuvo y sólo dijo: Son las nueve. Creo que es hora de retirarme. Ya es tarde*²¹⁶.

*Sor Leblanc refiere: Hablando de Monseñor Bourget, obispo de Montreal, él me dijo muchas veces con gran emoción: “¡Si supieras cuán alto está Monseñor Bourget en el cielo!”*²¹⁷.

²¹¹ Catta, p. 244.

²¹² Padre Cousineau, sum 417.

²¹³ Sum 426.

²¹⁴ Sum 74.

²¹⁵ Ibídem.

²¹⁶ Sum 801.

²¹⁷ Sum 626.

f) LUCES SOBRENATURALES

Adelardo Fabre cuenta: *Yo fui testigo de una cosa extraordinaria. Vi al hermano Andrés de rodillas en el suelo, en la nave del Oratorio, todo rodeado de luces. La luz provenía de la imagen de san José, que se encontraba en el altar. Eran las nueve y media de la tarde. La luz cubría una longitud de unos 25 pies. En el Oratorio no estaba encendida más que la lámpara del sagrario; y lejos y detrás de nosotros algunas velitas. La imagen de san José estaba en la oscuridad, pero los rayos luminosos parecían salir de la imagen. Me parecía que la imagen de san José iba a caer en la dirección del hermano Andrés.*

Me acerqué al hermano y le toqué el brazo. Él no me dijo ni palabra ni se movió. Yo me fui a la sacristía todo asustado con la esperanza de encontrar al hermano Ludger, que preparaba las cosas para las misas, pero estaba ya en su habitación. Fui a ver al hermano Ludger, pero antes miré y vi al hermano Andrés todavía rodeado de luz. El hermano Ludger vino conmigo al Oratorio. Al llegar, el hermano Andrés salía del altar de la Virgen para retirarse a su habitación y ya la luz extraordinaria había desaparecido. Miramos a ver si esa luz venía de la luna, pero esa tarde no había luna²¹⁸.

Tres semanas más tarde la capilla del Oratorio estaba oscura. Era alrededor de las nueve de la tarde. El hermano Andrés estaba arrodillado en el coro cerca de la puerta de entrada del santuario. Y vi encima de la cabeza del hermano una fuente de luz de 15 a 20 pies de circunferencia y de otros tantos pies de altura. Este fenómeno luminoso duró unos tres o cuatro minutos. Eso no podía explicarse por la luz eléctrica del santuario. El hermano Ludger hizo pruebas con la luz eléctrica, pero no daba esos efectos maravillosos²¹⁹.

Un día el hermano Andrés me preguntó (José Pichette) si había notado algo cuando hacían el Viacrucis. Yo le dije que nada. Y añadió: “Es curioso, me han dicho que aparece una luz”²²⁰.

Una tarde le acompañé al hermano Andrés a la pequeña capilla. En el momento en que cerraba la puerta con llave, lo vi durante unos segundos todo iluminado con rayos blancos como se ve en las imágenes de los santos. Tuve una impresión extraordinaria e inolvidable²²¹.

El padre Labonté afirma: *El hermano Andrés me hacía preguntas. Un día me dijo que en su habitación tenía una imagen del Corazón de Jesús y un rayo*

²¹⁸ Sum 331-332.

²¹⁹ Sum 332.

²²⁰ Sum 74.

²²¹ Señor Corbeil, Sum 109.

*de luz había salido del Corazón de Jesús para llegar hasta él. Para describirme la escena se puso sobre la cama. Otro día hubo una claridad en su habitación y el rayo llegó esta vez hasta la imagen de san José*²²².

El doctor Lamy manifestó: *En los últimos años del hermano Andrés sucedió una vez que, regresando al Oratorio después de su visita a los enfermos, lo dejaron en el camino cerca de su casa. Un chofer de taxi que pasaba, lo recogió y lo llevó hasta el Oratorio. Él afirmó haber visto una aureola alrededor de su cabeza hasta que entró en su casa*²²³.

EL ORATORIO DE SAN JOSÉ

La devoción del hermano Andrés a san José se manifestaba en la curación de los enfermos por medio de medallas del santo y del aceite que había brillado ante sus imágenes. Pero la gran obra de su vida fue la construcción del gran Oratorio de san José. Esta fue una obra que se fue desarrollando poco a poco.

Parece que tuvo alguna aparición o revelación de san José para la construcción de una capilla en su honor. Así lo expresó su sobrino Enrique Bessette, diciendo que *su mismo tío le había asegurado, antes de la construcción de la primera capilla, que se le había aparecido san José y le había pedido construir allí mismo una capilla en su honor*²²⁴.

Según el padre Cousineau, el hermano Andrés deseaba que se comprara un terreno enfrente del colegio, que era muy grande. Este terreno pertenecía al señor Guérin y servía de lugar de reunión a un club deportivo. El hermano colocó allí una medalla de san José y, después de algunas dificultades, el colegio compró el terreno en propiedad el 22 de julio de 1896 por 10.000 dólares.

El hermano comenzó, con el permiso del Superior, a construir caminos hasta la cima. Para ello le ayudó uno de los primeros que fueron curados milagrosamente. Lo cuenta el padre Oseas Coderre: *Se trataba de un hombre de Saint Laurent, que había tenido un accidente en una cantera. Una gran piedra le había aplastado una pierna. Surgió la gangrena y los médicos decidieron la amputación. El paciente aceptó para salvar su vida. El día que fue al hospital, decidió detenerse en el camino y consultar al hermano Andrés, pues ya se comenzaba a hablar de él.*

²²² Catta, p. 844.

²²³ Catta, p. 847.

²²⁴ Sum 963.

El hermano Andrés le desaconsejó la operación y le pidió volver a su casa y hacer una novena a san José. Ya tendría tiempo de hacerse cortar la pierna. El enfermo regresó a su casa y, al final de la novena, estaba completamente curado. En reconocimiento por la curación, este señor y sus dos hijos vinieron muchas veces a trabajar gratis en los caminos del Oratorio. Esto sucedió en el año 1904 ó 1905²²⁵.

Antes de la construcción de la capilla, el hermano Andrés llevaba de paseo a los alumnos del colegio “Notre Dame” a la montaña. Él echaba medallas por el camino. Algunos las encontraban y se las devolvían pensando que las había perdido. Pero él las sembraba. Solía ir a rezar a la montaña al pie de una estatua de san José, colocada en el nicho de un árbol²²⁶.

El hermano Abundio hizo los planos y construyó la primera capilla a San José en la cima de la montaña. La hizo toda de madera en 15 días. El mismo hermano Abundio recuerda: *El Superior me mandó construir la pequeña capilla que yo construí con las dimensiones de 16 pies por doce. Yo la hice casi solo. El hermano Andrés venía a ver la construcción²²⁷.*

El ocho de octubre de 1904 se inauguró la primera capilla. El vicario general de la arquidiócesis de Montreal, Monseñor Zotique Racicot, la bendijo. Asistieron centenares de fieles. La imagen de san José fue llevada procesionalmente por cuatro religiosos, seguidos por los alumnos del colegio, clérigos y fieles. Monseñor felicitó a la Congregación de la Santa Cruz por la feliz idea de edificar una capilla a san José en uno de los puntos más pintorescos de Mont-Royal²²⁸.

Para su inauguración, el padre Teófilo, franciscano, regaló las estaciones del Viacrucis, ya que, desde el principio, fue una práctica piadosa muy recomendada por el hermano Andrés. También se colocó en el altar una imagen de san José y delante de la imagen ardía una lámpara de aceite, que para el hermano tenía mucha importancia por el aceite con que se curaban los enfermos.

Pronto esta capilla se convirtió en lugar de peregrinación de muchos fieles, pero sólo durante el buen tiempo, puesto que en invierno los caminos eran intransitables y en la capilla no había calefacción. De todos modos, el hermano Andrés, con el permiso del Superior, se fue a vivir a una habitación, encima de la capilla, para estar allí de guardián y hacer de sacristán cuando iban sacerdotes a celebrar misa.

²²⁵ Sum 184-185.

²²⁶ Sum 203.

²²⁷ Sum 849.

²²⁸ Catta p. 253.

Hubo frecuentes peregrinaciones a la primera capilla. Los trabajos de ampliación tuvieron lugar en dos meses a partir del 23 de septiembre de 1908. La inauguración tuvo lugar el 22 de noviembre de 1908 y había unas 200 personas presentes. A partir de la fecha ya era posible ir en peregrinación en invierno también, ya que el camino de subida estaba bien arreglado. Una dama de Montreal, la señora Loranger, donó una hermosa y grande imagen de la Virgen María y fue colocada en las afueras de la capilla. Fue bendecida por el obispo, Monseñor Linneborn, que celebró la misa y predicó. Asistieron 2.000 personas.

En 1910 se construyó una sacristía y un campanario. El hermano Andrés se encargaba de tocar el *Angelus* tres veces al día. Este mismo año, el 16 de julio de 1910, fue designado por el Superior el padre Adolfo Clemente como el primer capellán. De esta manera, podía el padre Clemente celebrar misa todos los días y oír confesiones. El hermano Andrés atendía a los enfermos en una oficina del complejo. En 1915 Monseñor Bruchesi dio permiso para comenzar con la construcción de una vasta cripta, que sería de hecho como el primer piso y la base de la gran basílica actual. La bendición de la cripta tuvo lugar el 16 de diciembre de 1917 y puede albergar a mil personas.

Ya en 1913 algunos habían pensado en hacer una obra monumental, una gran basílica a san José. Para la presentación de los planos se hizo un concurso en 1913, pero sólo se presentaron los arquitectos Viau y Venne. En vista del enorme costo que iba a demandar la construcción de tan gran basílica, se organizó un Comité de fundación para buscar fondos y motivar la construcción.

En esta oportunidad al hermano Andrés no le consultaron y lo dejaron de lado. Antonio Valente recuerda: *Vino a pasar diez días a mi casa. Él estaba triste y lloraba. Nos confesó que hasta entonces se le había consultado sobre la obra del Oratorio, pero que ahora no le consultaban y que un religioso influyente había dicho: “No hace falta consultar al hermano Andrés, porque no razona, es un viejo loco”. El hermano estaba afectado y le preguntó a mi esposa si él razonaba como un loco. Mi esposa procuró consolarlo. Nos dijo que había sido prevenido que pasaría esa prueba por un papel que había encontrado en su habitación y que le avisaba*²²⁹.

Los arquitectos Viau y Venne terminaron los planos. El presupuesto ascendía a unos dos millones ochocientos mil dólares. El 24 de mayo de 1924 presentaron los planos al arzobispo de Montreal. Él mandó que fueran sometidos al Comité de arquitectura de la diócesis de París. Este Comité manifestó unánimemente que los planos del proyecto eran muy buenos.

²²⁹ Sum 549.

Con este visto bueno, el 16 de agosto de 1924 se bendijo la piedra angular de la iglesia superior a la cripta, que se eleva sobre el Mont-Royal. La gente ayudaba con sus donaciones y los trabajos iban avanzando poco a poco. En 1931 ya estaban construidos los muros de la basílica y sólo faltaba techarla con la gran cúpula diseñada al efecto. Pero vino la recesión económica mundial y los trabajos debieron ser paralizados entre 1931 y 1937.

En una reunión del Consejo de construcción del 2 de noviembre de 1936 se manifestó que había que proteger la iglesia del deterioro ocasionado por las lluvias, el frío y la nieve. El hermano Andrés les aconsejó: *Si desean cubrir los muros de la iglesia superior, es decir, techar la iglesia, colocad una imagen de san José y él encontrará los medios necesarios para proteger la iglesia de la lluvia, el frío y la nieve.*

Él propició una procesión privada de todos los religiosos del Oratorio para colocar la imagen de san José en medio de la iglesia sin techar. Esta procesión se realizó el 4 de noviembre de 1936. Se rezó el rosario y las letanías de san José. El hermano Andrés, con sus 91 años, estaba contento.

El dinero que se necesitaba para terminar los trabajos de construcción, de acuerdo a los planos de la gran basílica, se consiguió con la emisión de obligaciones, después de tener el permiso del arzobispo Gauthier. El padre Cousineau refiere: *Yo fui a hablar al arzobispo Gauthier para obtener el permiso necesario. El hermano Andrés me aconsejó que tuviera en la mano durante la entrevista una medalla de san José. Lo hice y todo se resolvió de modo favorable. El hermano me dijo: "Tenga confianza". Después de su muerte, el 21 de abril de 1937, se continuaron los trabajos que estaban paralizados. El 15 de noviembre de ese mismo año ya estaba construida la cúpula de la gran basílica. Considero la obra del Oratorio un gran medio del hermano Andrés para extender la devoción a san José y su gran éxito*²³⁰.

La actual basílica de san José, llamada el *Oratorio de San José*, de Mont-Royal en Montreal, Canadá, es el mayor santuario del mundo en honor a san José y la basílica que tiene la cúpula más grande del mundo, después de la del Vaticano de Roma. La basílica de san José tiene capacidad para 4.000 personas sentadas y 9.000 de pie. La totalidad de la Obra se terminó en 1966. El 17 de octubre del 2004, el Papa Juan Pablo II consagró la basílica y le entregó la rosa de oro. En la actualidad unos tres millones de personas la visitan anualmente y el Señor sigue haciendo maravillas físicas y espirituales por medio de san José y de su siervo san Andrés Bessette.

²³⁰ Sum 381-382.

LA REVISTA

En enero de 1912 apareció el primer número de la revista *Los Anales de San José* con 60.000 ejemplares en francés. Era el órgano oficial de la Cofradía de San José de Mont-Royal, publicando noticias, novedades y milagros sobre san José y Andrés Bessette. De 1921 a 1924 aparecieron los casos de 130 curaciones asombrosas, de toda clase de enfermedades, desde cáncer a meningitis, parálisis, tuberculosis, enfermedades del corazón, hernias, oclusión intestinal, neumonías, flebitis, reumatismos, etc.

A partir de 1927 aparece la edición inglesa de los *Anales* con 13.000 abonados, cuando la edición francesa ya tenía 90.000. Esta revista *Los Anales de San José* se cambió de nombre y se llamó, como lo hace actualmente, *L'Oratoire* (El Oratorio). En el número de marzo de 1944 se habla que en un solo año, por intercesión del hermano Andrés, hubo 1.632 favores extraordinarios, de los que 598 eran curaciones de enfermedades.

Uno de los favores extraordinarios, por intercesión de san José, lo cuenta el padre Pierre Gagné. Dice así: *El 19 de marzo de 1923, después de muchas comuniones en honor de san José, me fui en el coche de caballos de un amigo a casa de un compañero de Sainte Madeleine. El tiempo estaba muy malo y caía nieve en abundancia. Tuvimos que pasar por la orilla del río San Lorenzo. Todo iba bien, pero en cierto momento el caballo se hundió en el hielo y, a pesar de dar algunos saltos, no podía subir a la superficie. El agua tenía una profundidad de unos 5 ó 6 brazas y el hielo tenía un espesor de unos 4 ó 5 pies. Nosotros estuvimos animando al caballo; pero, después de tres cuartos de hora, lo dimos todo por perdido. El parroquiano se lamentaba por su caballo, que era su instrumento para ganarse la vida. Después de ese tiempo, hice una oración a san José. Dije: "San José, si nos devuelves el caballo, mañana cantaré la misa en tu honor". Y al momento, se dio el milagro. El caballo hizo un esfuerzo y salió del agua. Estaba en perfectas condiciones, sacudiéndose como si hubiera tomado un baño en verano o se hubiera revolcado a gusto sobre la nieve*²³¹.

Pablo Corbeil, gran amigo del hermano Andrés, fundó la Asociación *Amigos del hermano Andrés*. Y a la sombra del santuario se han ido fundando otras Instituciones para apoyo social y espiritual de los fieles.

²³¹ Testimonio del padre Pierre Gagné del 24 de enero de 1926, publicado en los *Anales de San José* en septiembre de 1927; Catta, p. 455.

SU GLORIFICACIÓN

Después de su muerte, Dios siguió haciendo milagros por intercesión del hermano Andrés. Muy pronto empezaron a recogerse testimonios de muchos que habían sido curados en vista a presentarlos a la Congregación para la Causas de los santos. Se hicieron Procesos, con los testimonios de los testigos, en distintos lugares.

Para su beatificación fue considerada válida la curación, por intercesión del hermano Andrés, del señor José Audino de una enfermedad gravísima, llamada reticulosarcoma, que la Comisión médica del Vaticano consideró inexplicable para la ciencia. Fue beatificado el 23 de mayo de 1982 en el Plaza de San Pedro por el Papa Juan Pablo II.

Para su canonización fue aceptada como milagro la curación del niño Alex Gagné de un trauma cráneo-encefálico grave. Esta curación también fue considerada por la comisión médica como inexplicable científicamente. La canonización tuvo lugar en la Plaza de San Pedro de Roma el 17 de octubre del 2010 por el Papa Benedicto XVI.

CONCLUSIÓN

Después de haber visto a grandes rasgos la vida y milagros de san Andrés Bessette, el santo de Canadá, el santo de san José, podemos decir que realmente su vida es un ejemplo para nuestras vidas, que se debaten frecuentemente en la duda y el desaliento espiritual. Él vivió su fe con firmeza y valentía. Él amaba a Jesús Eucaristía con todo su ser y lo mismo podemos decir de María, a quien amaba como a una madre. San José fue su santo predilecto y Dios le dio el carisma de poder hacer miles de curaciones extraordinarias y milagrosas por su intercesión.

Fue un santo sencillo, humilde, poca cosa humanamente hablando. Apenas sabía leer y firmar con su nombre. No tenía estudios. Era el último de la comunidad como hermano coadjutor; cumpliendo las tareas más penosas y humildes del convento, atendiendo y sirviendo a todos sin excepción. Pero a los ojos de Dios era el más santo y, por medio de él, Dios manifestaba su poder y su gloria.

Pidamos a san Andrés Bessette que nos dé un amor grande a san José y, sobre todo, a María y a Jesús Eucaristía. Dios aumente nuestra fe para vivirla de tal manera que nuestro ejemplo arrastre a otros a seguir más de cerca a Jesús y a vivir nuestra fe católica en plenitud. Todos estamos llamados a ser misioneros y a preocuparnos de la salvación de los demás. Jesús nos necesita y cuenta con nosotros para la gran tarea de la salvación del mundo.

Te deseo lo mejor. Que seas santo.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Annales de L'Association Saint-Joseph, Paris, 1870-1903.
Annales de Saint-Joseph, Montréal, Oratoire Saint Joseph, 1912-1943.
Arthur Saint Pierre, *L'Oratoire Saint Joseph*, Montréal, 1922.
Bastyns Marie-Ludovic, *Un trouveur de Saint-Joseph*, Ed. Marie Mediatrix, 1964.
Beatificationis et canonizationis servi Dei fratris Andreae. Positio super Introductione Causae, vol II, Causae Summarium.
Bergeron Henri-Paul, *Un apóstol de San José* (El hermano Andrés), Madrid, Studium de cultura, 1954.
Bergeron Henri-Paul, *Le frère André*, Fides, Montréal, 1947.
Burton Katherine, *Brother André of Mont-Royal*, Ave Maria Press, 1952.
Catta Etienne, *Le frère André et L'Oratoire Saint Joseph du Mont-Royal*, Ed. Fides, Montréal-Paris, 1964.
Croidys Pierre, *Frère André*, Ed du Vieux Colombier, Paris, 1957.
Deroy-Pineau Françoise, *Frère André, un saint parmi nous*, Ed. Fides, 2010.
Dubuc Jean-Guy, *Le frère André*, Fides, 1996.
Ham George, *Le thaumaturge de Montréal*, Toronto, The Murson book, 1922.
Hatch Alden, *Le miracle de la montagne*, Fayard, Paris, 1959.
Lachance Micheline, *Le frère André*, Les éditions de l'Homme, 1980.
Lafrenière Bernard, *Le frère André selon les témoins*, Montréal, 1997.
Lafrenière Bernard y Hanley Boniface, *El hermano Andrés*, Montreal, 1985.
Varios, Álbum oficial de la canonización del hermano André, Ed. Fides, 2010.

&&&&&&&&&&&